Hervé Guibert

Los perros

segido de

Las aventuras singulares



La sonrisa vertical



Los perros y *Las aventuras singulares* son dos propuestas eróticas en apariencia incompatibles, radicalmente distintas entre sí, pues ofrecen dos caras de un tema poco abordado por la literatura: el del deseo no colmado, que genera a su vez aún más deseo. Así, mientras en *Los perros* se describen escenas descarnadas destinadas a perdurar en la memoria del lector, *Las aventuras singulares* es un conjunto de nueve cuentos donde el sexo, por más que esté en el origen de cada «aventura», aparece veladamente.



Hervé Guibert

Los perros seguido de Las aventuras singulares

La sonrisa vertical 115

ePub r1.0

ugesan64 05.07.14

Título original: *Les chiens y Les aventures singulières*
Hervé Guibert, 1982
Traducción: Carlos Manzano

Editor digital: ugesan64
ePub base r1.1



Los perros

A T. y C.

Ahí, detrás del tabique, bajo el entarimado, justo detrás de mí, debajo de mí, están sus dos cuerpos, me desplazo como para seguirlos, no hacen el menor ruido, se tocan, ni siquiera necesito imaginarlos, se ajustan frente por frente, se abrazan, sus vientres se adhieren, el sexo de él toca el de ella, que se humedece, él se arrodilla, la lame, se dejan caer por el suelo con un ruido sordo, apenas perceptible, arman un jaleo silencioso, saben que estoy al lado de ellos, encima de ellos, de pie e inmóvil, espiándolos, me resulta imposible desear siquiera conciliar el sueño, tenderme, los desafío, no consiguen olvidarme, mi presencia de espía los excita, él la monta y su sexo entra en el de ella, entra y sale, las nalgas se le contraen, mi sexo se alza en vano al imaginarlas, él sale de ella, que se vuelve, y la toma por detrás.

He extendido una sábana por el suelo y sobre su blanca superficie he dibujado con rotulador como una cartografía, la he dividido en tiras, en mordazas, en trabas diversas. Había calculado que necesitaba cuatro fajas, una para los pies, otra para las manos y otra para el sexo, un barboquejo y un freno para los dientes. Las tijeras han seguido esas líneas de puntos, como un modelo, un patrón de mis placeres por venir. Esa ocupación ha bastado para inflarme el sexo y hacerlo derramar un hilillo brillante.

Ahí, detrás del tabique, detrás del espejo colgado cuyo azogue corta el paso a mi mirada, bajo las esteras de mimbre del entarimado, sus dos cuerpos, exactamente debajo de mí, paralelos a mí en el espacio, pues me parece seguirlos, desplazarme al mismo tiempo que ellos, están colocados frente por frente, desnudos ya, sus vientres se adhieren con el sudor, él la atrae hacia sí aún más, la coge de la nuca, algunos de sus cabellos se le quedan en la mano por efecto de la torsión, le mete bruscamente la lengua en la boca, en lo más profundo de ella empieza a babear, su sexo late contra el vientre de ella, con el calor sus pelos están ya húmedos, al penetrarla la muerde, le muerde los labios, le muerde el cuello, las nalgas se le contraen, espasmódicas, su pelvis lanza embates hasta ella, que se desploma en silencio, él se deja caer sobre ella con un ruido sordo, apenas perceptible, la monta, la aplasta, la asfixia y después resopla y sale de ella, que se da la vuelta, y la toma por detrás, a cada penetración le peina el pelo con la punta de los dedos, ella se duerme y olvida su placer, duermen, pero su comercio no se me va de la cabeza y me agobia el cuerpo, me quedo de pie, inmóvil, siguiendo cada una de sus posiciones, todas las tiras musculosas de mi cuello están tendidas hacia ellos, me acuclillo para estar aún más cerca, intentar conciliar el sueño, colocarme incluso en posición horizontal, sería una pretensión quimérica, hace ya mucho tiempo que no se excitan con mi presencia de espía, no me imaginan: al contrario, quieren olvidarme, ya no perciben mi aliento contenido.

Sobre la húmeda sábana de mi insomnio,

abandonada por mi cuerpo empapado de sudor y cuyo molde conserva aún, me he puesto a trazar rayas negras, superficies largas y después redondas, como una pista de aterrizaje, bolas de tejido cuyo sabor acre, rugoso, me llena la boca, he dividido ese sudario deshilachado en fajas, tiras, mordazas para mi boca, en barboquejos y frenos. Las tijeras han seguido las rayas negras y la sábana se ha dejado rasgar con dos manos, a tirones, con un ruido restallante. He recogido las tiras sobre mis brazos, como estolas, chales de ceremonia. Cuando ha entrado en el cuarto, he tendido los brazos hacia él, al principio no ha comprendido, venía a buscar fuego, una espiral de hierbas estrujadas que quemar para ahuyentar a los mosquitos, estaba desnudo y cubierto por su olor.

He ido a elegir unas disciplinas en la droguería, estaban colgadas del techo, en la obscuridad, entre las escobas, suspendidas del mango, y las tiras pendientes, olvidadas y un poco arcaicas, restos de un surtido antiguo, la droguera me ha dicho: pero si ya no se azota a los niños, yo he dicho: pero ¿y si el niño es rebelde?, (pensaba: ¿y si el culo está ávido de azotes?), la droguera ha dicho: pero si usted no tiene edad de tener un hijo, yo he dicho: no, le he mentido, es para una colección, colecciono todos los objetos de mi infancia, las cajas de música, los caramillos, qué sé yo. He elegido las disciplinas con el mango más grueso y tiras rojas por uno de los lados.

Este falo negro tiene el mérito de estar hueco y ser ancho y estanco, de poder inflarse con agua hirviendo que vuelve incandescente el caucho, a la vez cubierto de talco y engrasado, con este falo

negro, manteniéndome acuclillado y de espaldas a él, me fuerza el culo, que cede bajo su presión, y me lo rellena, lo zurra, lo pule, lo escalda, lo deja enganchado en mi culo, bien metido, como un corchete, una humillante mierda negra.

Estas pinzas para la ropa tienen la virtud de estar dentadas en las puntas y resultar en las tetillas como punzones, tajaderas, alfileres, prensas, pellizcos, las he elegido a propósito, especialmente pérfidas.

La víctima será blanca, estará envuelta en sus hilas, y el verdugo será negro, estará desnudo, con el sexo ceñido sólo por un anillo de cuero claveteado.

He entrado en la droguería, un hombre estaba hablando con el droguero a la puerta de la tienda. He preguntado: ¿tiene disciplinas? Me ha dicho: mire, es un artículo que se vende bien, yo mismo tengo unas para mi suegra y otras para mi mujer. Me ha asombrado que semejante objeto cueste sólo cinco francos, ni siquiera pensaba que pudiera seguir en venta.

Ha entrado y yo llevaba las cuatro fajas de sábana en los brazos, como los atributos de un rito, de un bautismo. Yo había dejado a la vista el negro falo inflado de agua hirviendo y engrasado, las disciplinas, las pinzas de la ropa, no ha puesto expresión de sorpresa. Le he dicho: ¿quieres ser mi víctima o mi verdugo? En voz baja e imperiosa ha dicho: desnúdate, del todo, y túmbate. Yo había

dejado en el suelo las cuatro correas, se ha puesto a desliarlas, después se ha desnudado, le he tendido el anillo de cuero negro claveteado para ceñirse la verga, le he dicho: tú llevarás sólo ese adorno, pero no se lo ha puesto, llevaba ese ceñidor herniario que trajo de Estados Unidos y que daba un perfil elegante a su sexo y sus huevos, al imprimir en su piel la fina trama de sus mallas, yo estaba acostado en la cama, boca arriba, primero se ha puesto a atarme los tobillos cruzados, a envolverlos en una multitud de nudos, me ha dicho: siéntate, y yo le he ofrecido las manos, del mismo modo, pero por la espalda, me ha atado las muñecas, cruzadas, al tresbolillo, se ha sentado junto a mí, ha acercado mucho su rostro al mío, me ha mirado con profunda gravedad, he creído que iba a besarme, me ha escupido en los labios, una vez y después otra, me ha dicho: levántate, entonces se ha puesto a ligarme el sexo, procurando oprimirme la polla y los huevos en su punto de arranque, y después a pasarme de nuevo la tela apretada en un segundo anillo por la base del sexo y por debajo de los huevos, a hacerlo subir por cada lado de las nalgas, al tiempo que lo ribeteaba, lo volvía a vendar en cada nudo y, por último, a atármelo en el vientre, lo más fuerte que podía, apretándome el vientre con uno de los pies y aplastándolo para comprimirlo más, yo apenas podía respirar, entonces por sorpresa ha tomado las dos pinzas de la ropa y las ha fijado en la punta de mis senos, he gritado, él ha dicho: no, así aún no hace bastante daño, y las ha retirado, me ha pellizcado las tetillas con la punta de los dedos humedeciéndolas con saliva, haciéndolas erizarse por entre sus pelos y después me ha vuelto a colocar las pinzas, me ha dicho: aún no vamos a vendarte la boca, va a

poder servir, pero tal vez podamos hacer algo con tu cuello, ha desplegado la última venda y se ha puesto a atármela muy alta en el cuello, bajo la barbilla, como para darle la imposición, la elevación de una minerva, dejando una larga faja de tejido libre con la que poder dirigir mis movimientos como una correa para perro, me ha dicho: vuélvete, y me ha metido el largo falo negro hirviendo entre las nalgas, de un solo embite, apartándolas con una mano, he sentido el caucho aceitoso que me subía intestinos arriba y los quemaba, me ha dicho: la próxima vez lo untaremos con una mermelada de hashish caliente para embriagarte el ano o con un mentol glacial, ha tirado hacia abajo de la tela que me ataba el cuello para hacerme acuclillar y se ha sentado desnudo en el sillón de cuero con las piernas separadas, imperioso, regio, vestido sólo con ese taparrabos de mallas muy amplias, a través de las cuales podía yo ver su sexo inflarse y palpitar con sacudidas, me ha dicho: mírame, deséame, suplícame, quiero verte implorarme con todas tus fuerzas, sólo para desearme, te concedo el derecho de desearme, me gustaría verte llorar de agradecimiento por ello, aún no había tocado las disciplinas, que seguían al alcance de su mano, ni el anillo real que yo había destinado a su sexo, me ha dicho: te gustaría verme el sexo, pero vas a tener que merecerlo, y quiero que lo veas como si fuese la primera vez y que te deslumbre, que nunca hayas visto un sexo tan hermoso, tan grueso, tan potente, y que te lo comas con los ojos, lo adores, pero de momento vas a tener que ganártelo, y ha vuelto a darme un tirón del cuello hacia abajo, para someterme más, me ha dicho: arquea más el lomo, quiero verte a mis pies, arqueado, como un perro, como una mujer, y con

la punta del pie se ha puesto a hundirme el falo negro en el culo, que lo iba expulsando lentamente, me ha dicho: es necesario que te merezcas mi sexo, a cuatro patas vas a intentar liberarlo de su ganga, con la punta de los dientes exclusivamente, procurando no tocarlo nunca, no ensuciarlo nunca con la punta de los labios, he acercado la boca a su calzoncillo, lo he olido, su olor genital me ha entrado en las ventanas de la nariz como un almizcle, una cocaína, me ha dicho: ni siquiera eres digno de respirarme, es un óbolo que te doy, relámete y gime un poco para mostrarme tu placer de perro, con la punta de los dientes he intentado hacer bajar el grueso elástico que retenía su calzoncillo, ha restallado varias veces y él se ha quejado, pero aún no ha utilizado el látigo, a cada torpeza se contentaba con volver a hundirme más profundamente con la punta del pie el falo negro en el culo, no he logrado hacer bajar el elástico, entonces he intentado alzar uno de los bordes del tejido, cerca de la ingle, para dejar salir su polla y sus huevos, su perfume se ha reavivado, bruscamente se han soltado de la ropa y me han tocado en las mejillas, pero al instante él me ha alejado el rostro de ellos tirándome del cuello hacia un lado con la correa, me ha dicho: te doy permiso sólo para admirarme el sexo, ¿ves?, aún está amoratado por el tejido, ya sé que estás absolutamente ansioso de metértelo en la boca y chuparlo, metértelo hasta la garganta, tragarlo y asfixiarte con él, pero te lo prohíbo, para eso tendrás que suplicarme y llamarme amo, adora mi sexo, ámalo, cómetelo con los ojos y sueña con metértelo en la boca, suplícame, he empezado a gemir, tenía la mirada clavada en su magnífico sexo, presa ante mis ojos de brincos autónomos, y me he puesto a rogarle, a suplicarle, porque era

absolutamente necesario que ese sexo entrara en mi boca, lo más rápido posible, porque me retorcía con ese deseo, he dicho: te lo suplico, déjame chuparte el sexo, él me ha dicho: pero si aún no lo amas bastante, no lo adoras, me gustaría que se te viera más el deseo en los ojos, que te hiciese retorcerte, que te consumiera completamente, he repetido: te lo suplico, entonces con un tirón de la correa me ha acercado bruscamente la boca a su sexo, tan cerca, que mis labios casi lo tocaban, pero no del todo, y ha dicho: te prohíbo que te lo metas en la boca, conténtate con olerlo, con pasar la nariz pegada a él, para acariciarlo, cómetelo aún más con los ojos, te permito que le babees encima, ya que tanto te atormenta el deseo de jalártelo, ante esa orden mi saliva, largo rato retenida, ha empezado a chorrear desde lo alto de su glande y a deslizarse a lo largo de todo el aparato, hasta los pelos, a bañarlo, y cada vez le brincaba más, me ha dicho: no te quejas bastante, ya veo que no te duele bastante, y me ha retirado las pinzas de los senos para volver a colocarlas en otro sentido, a fin de que me hirieran aún más, ha dicho: ahora vamos a jugar a un juego, te voy a dejar que te metas mi sexo en la boca, pero te prohíbo que lo toques con la lengua, tan sólo quiero sentir en tu boca el vacío de tu aliento, tu hálito caliente, si una de tus mucosas osa rozarlo siquiera, recibirás un castigo, se ha retirado completamente el elástico del taparrabos y ha dejado que se le deslizara por las piernas, ha dicho: después va a ser una mordaza excelente para ti, ha cogido el anillo de cuero y se lo ha puesto en torno al sexo para aprisionarse los huevos e inflarlo aún más y que todas las venas se le tensaran, listas para estallar bajo la fina piel, yo seguía acuclillado a sus pies, arqueado y gimiendo,

he abierto la boca al máximo, como me pedían que la abriera en la escuela para verme las amígdalas, y le he rodeado con ella el sexo, procurando no tocarlo, por el desplazamiento de su brazo he notado que agarraba las disciplinas, durante unos segundos no ha ocurrido nada, los dos, absolutamente inmóviles, reteníamos el aliento, entonces mi lengua ha tenido la desgracia de tocarle el glande y al instante las correas del látigo, que colgaban contra mis nalgas y las acariciaban con movimiento regular, se han puesto a azotarlas con perfidia, ese golpe ha sido para mis maxilares como un separador de cirujano, una escuadra de hierro atravesada en la boca, apenas podía respirar, de nuevo se me ha soltado la saliva y le ha bañado abundantemente el sexo, que seguía tieso, inflado en mi boca a unos milímetros de mi lengua, él repetía: te gustaría mucho chuparla, ¿eh?, ya sé que sólo piensas en eso, chuparla, mamarla, chuparla hasta la garganta, tragarla, embutirte la boca con ella, el músculo de la lengua se me ha tensado muy ligeramente para rozarle el glande y he vuelto a recibir el latigazo, al tiempo que me excitaba cada vez más, lo he interpretado como una orden de desafiar su prohibición y me he puesto a chuparle la polla codiciosa, ruidosamente, a embutirme la boca con ella, al tiempo que le derramaba por el vientre gran cantidad de saliva, y su brazo no cesaba de azotarme las nalgas y cuanto más me golpeaba más lo mamaba yo, cuanto más lo mamaba, para bebérmelo, más me azotaba, a veces me bajaba con el pie descalzo mi erguido sexo, que no soportaba más no poder gozar, para vejarlo más, hasta el espasmo, me ha dicho: me vas a chupar sin parar durante media hora, quiero que te jales toda mi carne y que te asfixies con ella, que llegue

a darte asco, que te deje sin aliento, sin baba, yo seguía chupándole sin parar, cuando de repente su brazo fatigado ha cesado de marcarme como una cebra las nalgas, que me escocían, y, tirándome de la correa, me ha obligado a abandonar su sexo, ha dicho: ya me estás fastidiando, me vas a lamer el culo un poco, me he corrido en tu boca sin que te dieras cuenta, mi lefa debe de haberte tapizado el velo del paladar, tengo que recargarme un poco, reponer un poco de lefa para tu culo, me vas a lamer el culo, sé que te da asco y te excita al mismo tiempo, lo vas a chupar a fondo, aspirarlo, y pensar que te voy a cagar en la boca, aunque no lo haga, tienes que recibirme por todas partes, al cabo de un rato se ha vuelto y me ha dicho: tengo ganas de mear, me ha apartado los labios con un dedo a cada lado de la boca y la ha rociado con su orina, me ha dicho: la próxima vez te mearé en el culo, te llenaré el vientre, entonces me ha hecho levantarme, yo estaba aún tragando su amargo chorro, cuando se ha puesto, detrás de mí, a azotarme las nalgas como un loco, decía: te voy a dar por el culo, hay que calentártelo bien, pero también debe resultarte intolerable no tener ya nada en él (acababa de sacar el falo negro), tienes que suplicarme una vez más, desear en voz muy alta mi picha dentro del culo, y pon un poco de entusiasmo, si no, sólo recibirás mis patadas, te voy a meter la polla hasta el fondo del culo, porque has sido un perro obediente, di que la quieres, mi polla en el culo, ruégamelo, retuércete, patalea, quiero que te cagues, llores y babees otra vez, de ganas de que te la meta por el culo, y, al tiempo que me obligaba con una mano a arquearme excesivamente, no cesaba de azotarme las nalgas, ha dicho: aún no estás bastante bien atado, podrías escaparte, aún no eres bastante

dócil, y me ha desatado la ligadura que me trababa el cuello para volver a apretarla más pasándome por cada lado de los hombros, bajo los omoplatos, para ligarme, encordelarme como un paquete y, por último, volviendo a pasarme la sábana entre los dientes, como un freno, después de haberme llenado la boca con la bola cubierta de lefa y mierda de su calzoncillo, amarga contra mi lengua, yo mascullaba dentro, su polla ha entrado sin dificultad en el culo relajado y él se ha puesto a hurgar en él, a agotarme con empellones furiosos de la pelvis, sacudidas aviesas, a cada golpe uno de sus dedos me daba un papirotazo en la punta del glande, que ya no podía más de exasperación, con las dos manos me ha girado la cabeza, retenida por la mordaza, y me ha escupido en la cara, ha apretado los labios para que su escupitajo resultara pulverizado y, en el momento, un poco penoso, del goce, esa lluvia fina y almizclada ha sido como la vaporización de una palabra amorosa.

Detrás de la pared, justo encima del techo, sus dos cuerpos, por encima de mí, se acercan, se tocan, ya desnudos, se estrechan, la humedad de su piel los enlaza uno al otro, ella echa hacia atrás la cabeza para ordenarle que le lama los senos, se los muerda suavemente, después pega la cabeza al vientre de él, separa los muslos, siente su lengua encajada, endurecida, en lo más profundo de sí, se siente chupada, aspirada, algo un poco amargo le gotea en la garganta intermitentemente, se dejan caer al suelo y oigo el sordo ruido de sus cuerpos, que ruedan uno sobre el otro, se penetran. De repente él llama a la puerta y entra como una exhalación, con el pretexto de buscar esas

espirales de hierbas estrujadas que sirven para ahuyentar los mosquitos, se ha puesto un pantalón, va desnudo de cintura para arriba, me dice: ábrete los alares, y rápidamente me saca por la bragueta la picha atenazada, consumida por la erección, se la mete en la boca, con fuerza, la muerde, la atenaza y después se va. Se ha llevado el sabor de mi polla para metérsela en la boca a ella dos segundos después, para forzarla a mamar mi olor, en el cuerpo de ella insemina nuestra historia.

No puedes imaginarte lo guapo que estás cuando chupas, cuando te agachas, cuando te arrodillas, te inclinas sobre mi picha y la atrapas de un bocado, te la tragas y te pones como loco por tenerla en la boca, te agitas, te retuerces de impaciencia, de hambre, cómo te conviertes de repente en un animal hambriento, un perro, una máquina cuyo mecanismo hubiera yo regulado, una bomba, no te puedes imaginar lo hermosas que están tus mejillas hundidas por la respiración, toda tu cabeza echada hacia atrás, en el vacío, e inflada por la sangre, lo hermosos que resultan de repente tus labios en torno a mi carne, tus ojos entornados, perdidos, todo tu cuerpo, tensado en la succión. Me gustaría que te vieras chupar, con la boca colmada por mi polla, que te vieses tragar mi jugo. Te propongo como único accesorio un espejo cuadrado, sin marco, sin adornos, que sujetaré cerca de mi vientre en el momento en que te eches delante de mí, arqueándote, ondulando y soñando con recibir otra polla dentro de ti en el mismo momento, mientras mis palmas no necesitan siquiera apretarte el cuello para someterte y mi mirada le infunde un magnífico

collar de esclavo. Por la noche, cuando me aburro, te imagino así, chupando y refunfuñando, ávido, y al tiempo contemplando en el espejo cuadrado cómo te dan por el culo, desdoblando tu placer. Te imagino chupando otras pollas, además de la mía, te traigo en mis sueños una multitud de pollas para embriagar tu sed, pollas de muchachos dulces y bien ribeteadas, vergas voluminosas y negras, cipotes gigantescos que señorean tu rostro.

En adelante, ¿me oyes?, te prohíbo que te laves el sexo. Seré yo el que lo limpie, concienzudamente, con mi boca, mi lengua y mis labios, a tus pies, quiero comer el gel de tu esperma y de tu orina y todo el olor a humedad de ese vientre del que sales, quiero que gracias a tu polla su jugo vaginal me gotee en la garganta. Ya no quiero que tu sexo esté liso e inodoro, casi jabonoso, contra mi lengua, quiero que tenga grano, espesor, el olor de vuestros sexos confundidos.

Le he alargado los jirones de sábanas y le he dicho: ahora me toca a mí saciarme con tu esclavitud, agáchate en seguida, quítate la ropa en cuclillas, con dificultad, y le he lanzado el pie descalzo contra la mejilla, la barra de mi sexo está ya calentándoseme bajo el pantalón, voy a golpearte las mejillas y la nuca con ella, voy a frotarte mi chuzo por las nalgas y, para que te lo meta en el culo, tendrás que implorarme con las palabras más obscenas, pero primero túmbate cuan largo eres, voy a fajarte, ya babeaba sobre él, a mi pesar. He apretado progresivamente la

mordaza más fina hasta casi estrangularlo y le he dicho: es tu collar de perro, imagínate que está cubierto de pinchos y que esos pinchos se te van a clavar en el cuello a cada señal de insumisión, imagínate que la sábana que voy a anudarte en torno a los huevos y la picha estará forrada con los mismos pinchos, que se te clavarán en la carne siempre que me la chupes con menos ardor, siempre que tu brazo se canse de meneármela, cada vez más fuerte, siempre que tu culo no me aspire bastante la polla, quiero verte caído y suplicante, extenuado por mis golpes, ávido de castigo, mira, esta otra mordaza te pasará entre los dientes y te hará sangrar las encías, pero tu boca aún puede servir y tengo con qué llenarla varias veces, con el paquete que se hincha y palpita en mi calzoncillo, con mi lengua y mi puño, es necesario incluso que el fondo de tu garganta, tus amígdalas, que no controlas, esté al servicio de mi placer, vuélvete y estira las piernas para que te ate los tobillos, no vas a tener tregua alguna, mi carne te lacerará, te atravesará de parte a parte, quiero oírte quejarte, para poder hacerte callar, rellenarte la boca y el culo cada vez más, sin remisión, y ahora extiende los brazos para que te ate las muñecas, sé impedido, sé manco, voy a castigarte por esa erección que te enrojece el vientre, te voy a frotar la base del glande, ahí donde se abre en la punta del nervio, con un cubito de hielo, y no grites, el suelo bajo tu cuerpo está aún demasiado suave para ti, no es piedra lo que necesitas, sino hielo, una placa de hierro al rojo, para que te retuerzas, para que tu cuerpo se reanime y explote, aplastado por el mío, voy a comerme tu piel asada, quiero que estés absolutamente en carne viva, de momento bajo las palmas, en la parte baja de los brazos en flexión, y bajo los pies,

en la parte baja de tus piernas plegadas, comprimidas, vas a tener el terciopelo granuloso de una tela esmerilada y te voy a dar hambre, te voy a hacer salivar y, cuando lo tengas justo en la punta de los labios, voy a retirar mi cebo, me voy a levantar los calzoncillos unos segundos y te voy a frotar toda la cara, en cuclillas sobre ti, con mi gruesa polla fláccida, con la masa bamboleante de mis huevos, te voy a untar con ellas toda la jeta y después te voy a poner a dieta abruptamente, sé que cuando está fláccida es cuando más deseos te despierta mi polla, cuando más ganas tienes de chuparla, conque, antes de rellenarte, voy a vedarme la erección, a fin de que esté bien fláccida y gruesa contra tus labios y sólo tengas premura por una cosa, abrirlos, dejarla deslizarse dentro de tu boca y llenarla enteramente, ardiente y fláccida, para que la chupetees, la masques, la tragues hasta la garganta, pero, como ya te he dicho, te prohíbo abrir los labios, refunfuña de deseo, si los entreabres siquiera, sentirás tus nalgas, sin recurrir siquiera a las disciplinas sabré calentarlas, pero de momento no te muevas, veo que tu polla, de la que ha caído el cubito de hielo, vuelve a brincar, voy a tener que atarla, vejarla, comprimírtela en un nudo con los huevos, estás ansioso de que te llene, pero quiero oírte decirlo, quiero que digas: mi amo, te lo suplico, no puedo seguir más así, vacío, quiero que me rellenes por todos lados, sé paciente, el falo negro descuartizado se agita en el agua hirviendo y mi polla se alza deseosa de llenarte, yo le había atado las manos por encima de la cabeza, le cizallaba las tetillas con la punta de los dientes y después las aprisionaba en el torno de las pinzas, el dolor le hizo gemir, le dije: mientras no te haya hecho aullar, no te dejaré en paz, al tiempo que le tiraba

de los cabellos hacia atrás, como para forzarlo a verse la veta en la espalda, le metía el negro falo hirviendo entre las nalgas y se lo volvía a sacar al instante, para herirlo, y lo metía de nuevo, para que el ardiente y aceitoso caucho le excitara la herida, y después fijaba el falo a la pared sobre una ventosa para que no volviese a salírsele del culo y se viera forzado sin cesar, y hasta la extenuación, so pena de resultar destripado, a alzarse cada vez más alto sobre la punta de los pies, según las posiciones a las que lo sometía, subía o bajaba el nivel, en cuclillas, con las nalgas contra la pared, maltratadas por sus protuberancias, lo forzaba a chuparme, cuando mi polla se había vuelto repulsiva, le pegué al mismo tiempo en el costado y le susurré: ya sé que mi polla te da asco, ya sé que te horroriza metértela en la boca, pero por eso precisamente te obligo a hacerlo, hale, chúpala, mámala bien, métetela hasta la garganta, no tendrás descanso hasta que la hayas hecho derramarse, del todo, y su árida leche te queme el vientre antes de dejarte pulido el culo, desde arriba me saciaba con la visión de su boca deformada por la succión, de las dos bolas infladas de sus mejillas que se ensanchaban por abajo, le daban un aspecto grotesco y sublime a su rostro, el culo se le desplazaba siguiendo el movimiento de balanceo del falo montado sobre bolas, le apreté aún más la tela en la base del cuello para que mi polla lo sofocara más y después le apreté de un solo tirón la tela anudada en torno a los huevos, comprendí por el gruñido sofocado por mi carne que no podía más, vi su sexo derramar un hilillo viscoso, le dije: imagínate que estás chupando a un dios, a un coloso, a un toro, imagínate que estás chupando a un ángel, imagínate que estás chupando a un gigante,

imagínate que eres un niño y que te obligo a chuparme la picha, que mi picha te da asco, que nunca has visto una tan gruesa y te horroriza tenerla dentro de la boca, y le apreté aún más las dos telas en torno al cuello y a los huevos, de una patada le empujé los tensos muslos hacia abajo para que se empalara más profundamente sobre el falo negro, oí sus carnes desgarrarse, se derramó sangre a sus pies, ahora abría los ojos y los alzaba hacia mí con espanto, le dije: mi lefa va a curarte las heridas, me voy a correr en tu boca y voy a guardar un poco para cauterizarte el culo, en el momento de correrme salí como un resorte de su boca para rociarle los ojos, que quedaron bañados por los lechosos chorros blancos, le desplacé unos milímetros las pinzas de los senos para reavivarle el dolor, al tiempo que le sacaba el falo negro del culo para metérselo en la boca, todo lleno de sangre y mierda, y aproveché el camino abierto para acabar de sacudirme la polla en él, había cogido las disciplinas y, al tiempo que le daba por el culo, le azotaba la espalda, las nalgas, la parte baja del lomo, le mordía profundamente el cuello, a cada mordisco le obligaba a tragar más profundamente el consolador, para que casi le agujereara la garganta, tenía sus cabellos en una mano y tiraba de su cabeza hacia atrás con fuerza, mi saliva procedente de su carne mordida le chorreaba por el torso, le dije: voy a cubrir la superficie libre de tu piel con sinapismos, con largas correas de crin helada y untada con mostaza, para que no quede un solo centímetro cuadrado de tu cuerpo sin exultar. Después mis manos te entregarán el talco, el alivio, las besarás y te quedarás dormido.

En este lugar, los muchachos, pese al calor ambiente, propio de un invernadero, están vestidos con calzoncillos y jerseys de angora. Algunos prefieren las camisetas, que pueden remangar hasta los hombros, unas veces blancos y mates, de presos, otras veces negros y brillantes, de corsarios. Se desplazan en este espacio bastante vacío siguiendo trayectorias que parecen fijadas por otras voluntades: en primer lugar, sus cuerpos tienen la irreprochable belleza de las estatuas y en sus ojos, azules o verdes, hay una fijeza, una extraña ausencia de profundidad; además, las acciones que realizan son limitadas, como las de una gimnasia regulada por las señales de los aparatos colgados del techo o fijados a la pared, principalmente los trapecios y las anillas, pero también los muelles, las barras, las cuerdas. Se balancean, se estiran o se arrodillan, vacían las pilas de las que desborda el esperma: en efecto, el movimiento de balancín del trapecio o el de las anillas, en las que se han introducido sus gruesos muslos para arquear mejor la pelvis, está regulado con precisión para satisfacer, mediante la unión de sus bocas y sus anos y con la infatigable regularidad de una bomba de émbolo, a los visitantes. El aliento de uno de esos muchachos, cuyo busto ha sido vaciado para que sirva de depósito de cristal o cromado, difunde permanentemente vapores de nitrito de amilo absorbidos por los visitantes directamente en las ventanas de la nariz y cuyo efecto es una dilatación de la sangre que palpita en su corazón o calienta sus riñones, les infla instantáneamente la vergas y las nalgas, las suaviza, satina el cuerpo con toda clase de fluideces. No se ve ningún punto de luz, ni ventana ni neón. Resulta difícil saber si es un lugar subterráneo o está en un piso, si está

en el centro de la ciudad o en una de sus periferias. Desde hace mucho tiempo no se oye palabra alguna, sólo el chirrido de los aparatos de gimnasia o el deslizamiento, propio de leopardos, de los muchachos. El paquete que realza y ahúsa la lana, justo bajo su liso vientre, bajo su cincelado ombligo, es muy grande y, si quieres enrollar la angora a lo largo de los muslos, tienes en la mano un miembro grueso, en ofrenda, unas veces blanco y mate, de preso, otras veces negro y liso, de corsario. Ese miembro permanece tenso e inflado fuera de la lana todo el tiempo que se quiera, para hurgar en sus entrañas o masajear sus encías. Una vez que han brindado el placer, se ve a los muchachos sacudirse y refrescarse en las pilas de agua clara. Después vuelven a dejarse acariciar.

El amo nos soltó y nos arrojó la carne. Corrimos a atraparla y nos cogimos los pies en las cadenas. Él se rio. Teníamos hambre. La tajada era magnífica: roja, hinchada de sangre, en largas fibras ahusadas, chorreaba y humeaba también, estaba aún caliente, recién cortada. Había suficiente para dos, pero el otro, más rápido, menos obstaculizado, la atrapó al vuelo antes que yo y la bloqueó entre sus patas, se puso a lamerla, sin hincarle el diente, por toda su superficie, siguiendo el sentido de la fibra y ladrando. Yo me acerqué para cogerle un poco, para tener una tajada que lamer también yo, pero el otro empezó a gruñir, descubrió las encías al sesgo para enseñarme los colmillos y después volvió a apretar la tajada entre sus patas y se puso a lamerla de forma más apremiante, con arrogancia. Se me derramó de la boca una gota de baba, en un bloque, y ese miserable charquito, reflejo de mi

extrema hambre, empezó a humear también con el frío y después se heló. Yo me agitaba en torno a la tajada, en torno al que la estrechaba, y el amo se reía cada vez más, con sus hermosos dientes blancos, mucho más finos que los nuestros, dijo: tengo sólo una tajada para vosotros dos, pero es dura y caliente y muy buena, vais a tener que repartírosla, no os peleéis más. El otro seguía apretándola entre sus patas y ahora en ciertas partes la chupaba y aspiraba el jugo que rezumaba del corazón por la fibra, la mordisqueaba. El hambre en la que el amo nos había mantenido hasta entonces y el agotamiento, al hacernos correr, sin descanso, con los ojos vendados, en torno a esos círculos eternos, y con el frío, completamente desnudos, rapados, desprovistos de nuestro pelo, me había provocado un estado de vaga alucinación y me parecía ver la carne revivir por instantes, dar saltos en la boca del otro, con lo que resultaba aún más deseable. Solapadamente, con la cola mojada y los costados ateridos, me puse a reptar en torno a las botas del amo y después a alejarme de ellas y acercarme al otro, por detrás, y morderle muy fuerte en la nuca para hacerle soltar su presa, para que me dejara la tajada. Pero su olfato, más agudizado que el mío, le avisó, y en el último momento, cuando ya me veía yo la tajada en la boca, se volvió y dejó oír su gruñido bajo, sordo, cercano al ladrido, y que manifestaba también contra mí, en sus inflexiones, todo el placer que sacaba de la tajada y que me fascinaba, era un ladrido húmedo, ebrio de carne, amenazador. Me aparté y corrí: hasta el lago. Por despecho, y aun cuando la idea de beber esa agua helada, llevando, como llevaba, varios días en ayunas, frente a la carne caliente y buena que me estaba vedada, me repugnaba, me revolvía el

vientre, bebí un poco, pero el amo desde lejos me silbó, el agua que nos da habitualmente es tibia y nauseabunda, siempre llena de películas, de depósitos que tienen el sabor de sus sobacos, sus pies, sus nalgas, y que debemos limpiar como si estuviéramos desborrando. Me silbó y me volvió a atar, yo me pegué al suelo, tenía miedo de sus golpes. Me dijo: no te portas bastante bien, así no vas a conseguirla, esa tajada. El otro seguía rodeándola con su baba y sus uñas, sin cortarla nunca, haciéndola chorrear, exultar, macerar en sus jugos. El amo me dijo: ¿ves?, tiene hambre, pero prolonga el placer, sabe que, de todos modos, sólo puede obtener el sabor y que nunca quedará saciado, sabe que le arrojo esa tajada tan sólo para darle más hambre. Esta vez el estado de extenuación, fatiga, nerviosismo, me hacía ver claramente la carne brincar entre los muslos del amo, desenrollarse en largos bolillos rojos anillados, acabada por la punta en una porra, una catapulta cónica, como las estacas que quebrantan las puertas de las fortalezas. El amo seguía riendo y la flexión de sus piernas calzadas con botas y de su pelvis para propulsar la risa hacía crujir, ondular, su traje negro abierto en el medio por la escotadura vertical bordeada por esos pelos tupidos con los que hace nuestros ranchos y entre la cual pendía ese trozo de carne que había colgado ahí, como para provocarnos. Yo mordía tan fuerte la nuca del otro (ya no tenía melena para protegerlo) y al mismo tiempo lo montaba tan duramente, con esa enorme barra absurdamente alzada entre mis esqueléticos costados, que al principio gimió, con un sonido en aumento que acabó haciéndole soltar su presa. Por haber quedado vencido, el amo lo ahuyentó de una patada. Yo me arrojé sobre la carne,

abandonada y chorreante, colgante como estaba me golpeó la mejilla y después me la zampé, guardé tan poco las apariencias, tuve tan poca moderación para jalármela, para hacerla soltar todo su jugo, porque el otro la había ya calentado al borde de la exultación, que estuve a punto de faltar al mandato divino y machacarla, tragarla entera, asfixiarme con ella. Para calmarme, solté el suntuoso cono y comencé a trabajarla por la base, cuando el otro volvió a la carga, abalanzándose, ladrando y recuperando la punta. Durante un tiempo nos saciamos uno frente al otro, con la vista clavada en esa barra de carne, gruñendo de placer y amenazando en cuanto el otro intentaba acercarse, deseoso de ganar terreno en la otra mitad, y después el amo se cansó de esa avidez y de un tirón, sin avisar, nos quitó la carne y se la metió en los alares, dijo: sois unos simples perros famélicos, lo único que merecéis es que os cuelguen de los pies, como la caza, con el morro envuelto en plástico, sumergido en una cuba y adornado con esponjas, para que os asfixiéis con vuestros vómitos, para restañar vuestra sangre.

De repente se desploma la pared, desaparece el tabique, se eleva el techo, se abre el suelo, se disipa el azogue del espejo y tengo acceso a sus cuerpos, me reúno con ellos. Él acaba de retirarse de ella, de gozar dentro de ella, de inflarle el vientre como un odre, en ese preciso momento los sorprendo. No, aún no se ha retirado de ella, veo su polla salir de entre sus labios, que gotean, y me arrodillo para besar su unión, le lamo la polla a medida que sale de su vagina y cae en mi boca, aspiro sus jugos conjugados. Se me ha puesto la polla tiesa. Después, cada embestida que le doy

con la pelvis lo hunde más profundamente dentro de ella y en ese instante, mediante el flujo de nuestros espermas, pasando de mí a él, hasta sus huevos, y atravesando masas esponjosas, de él a ella, en ese preciso instante queda ella fecundada mediante el flujo de nuestros espermas, que se suman.

Las aventuras singulares

A mi vecino

Cartas de amor (o El depósito desconsiderado)

Creyendo que las palabras tenían un poder efectivo (…).

Flaubert

Por considerar la narración aburrida, decidió resumir así su encuentro:

En realidad, yo me había excitado con su propuesta, con el deseo que tenía de mi boca, la eventualidad de un sentimiento amoroso.

Deseo de engaño. Deseo de pérdida. ¿Duelo de T.?

Durante un mes escribí una carta diaria a A. Durante un mes guardé la castidad. Dormía con el sexo comprimido dentro de la mano. Intentaba apartarme del pensamiento las ideas vulgares, cualquier representación carnal. Ya no comía carne, ni tejido sangrante ni nervioso alguno, para empalidecerme la tez. Al pasar por una playa, permanecía completamente vestido, a la sombra, y me limitaba a alzarme los bajos de los pantalones para bañarme las pantorrillas. Debían de pensar que disimulaba algún defecto anatómico.

Por la noche, después de apagar la luz, me desnudaba por fin en la cama y, procurando que la amnesia de mi sensualidad no se volviera

definitiva, me arañaba un punto de la piel, por lo general los costados. Me negaba a tocarme el sexo, al orinar no bajaba la vista hacia él y con ningún dedo desplegaba mis pliegues radiados de Morgani. Abrevié considerablemente el tiempo que dedicaba a la defecación: tenía que privarme de cualquier sensación anal, me estaba formando un himen. En cierto modo me volví loco: esa retención me aturdía.

Lanzaba propuestas novelescas, pero mi cabeza no se concentraba en nada, ninguna concatenación, ninguna minucia: las ideas de títulos, subtítulos y portadas, de tipografías incluso, resultaban encontradas, tenía fantasías de libros, pero la escritura estaba parada en seco. Leía biografías de grandes escritores y de vez en cuando mis ojos se desdoblaban de los caracteres impresos para componer, en filigrana, mi propia biografía.

Un insomnio me dio esta premonición: yo le reclamaba las cartas, él no quería confiármelas, tal vez las hubiera roto, por lo que nos enfadábamos.

1) A. Tal vez sea una chifladura pensar que puedo amarte, pero lo pienso. Sólo espero de ti mirarte, oírte hablar, verte sonreír, besarte. No es un deseo localizado, es un simple deseo de acercamiento. Aquí, en París, me dan deseos de mezclar el calor de mi cuerpo con el tuyo, castamente, adormecerme contra ti, respirarte. Semejante declaración tal vez sea la condena a muerte de nuestra relación: sobre todo no te sientas repelido por esta efusión.

2) A. ¿Pienso en ti al escribir este nombre? La primera carta era, pues, una carta de amor. Te escribo de nuevo sin haber recibido respuesta, pues es como un soliloquio, un arrebato. El riesgo de la carta de amor es un efecto de la

desproporción entre dos distancias, dos personas, a veces un momento de exaltación frente a otro de enfriamiento. El riesgo también de la anonadación mediante las palabras: expresar el sentimiento propio, ponerlo en el papel, tal vez sea liquidarlo, rematarlo. Pero aquella carta no se ha enfriado.

Creo que en el momento de volver a vernos tendremos que haber olvidado esas cartas, esas palabras, hacer tabla rasa en nuestras miradas y dejar aumentar el sentimiento hasta que no quede más remedio que comunicarlo, tocarnos. Y, si no viene el sentimiento, no deberemos correr tras él: no sé si podemos de verdad amarnos.

3) A. ¿Pienso en ti, cuando escribo este nombre, o es tan sólo el soporte, el receptor de un requerimiento de amor? ¿Acaso te imagino? Durante este tiempo, habría tenido tiempo de olvidar tu rostro. Tomé fotos de ese rostro antes de separarme de ti y tal vez fuera un error, un maleficio. He mandado revelar una foto y la tengo aquí, delante de mí, puedo mirarla, puedo enseñarla, diciendo «es él», tal vez no te gustaras, si te vieses. Esta imagen robada bloquea un poco todas las que puedo tener de ti, que podría hacer surgir.

Conque puedo recordar y decir: tiene el pelo negro y rizado, un anillito de oro en una oreja, la primera vez que lo vi llevaba un pantalón de peto blanco y una sencilla chaqueta de cuero negra, llevaba mocasines blancos, un poco sucios y sin calcetines. La segunda vez —y fue tan sólo una o dos horas más tarde—, llevaba una chaqueta de terciopelo verde sobre un *tee-shirt* blanco cuyo escote en forma de V dejaba ver el torso un poco moreno y una manchita roja, como una marca de depilación, tenía el pelo mojado y más rizado, presenta la particularidad de parecer totalmente

imberbe, de que sus mejillas, el espacio entre sus labios y su nariz, son pálidos, carentes de pigmentación (la punta de sus *boots* era puntiaguda y sus *jeans* ceñidos: todas las cosas pueden significar y tienen su color propio). No siento deseos de imaginar su sexo. No hice ninguna pregunta a T., que debía de haberlo visto desnudo en la playa.

Los días siguientes, llevaba la camisa más abierta en el torso y podía verle las tetillas y regalarme con esa ausencia de pelos. Por lo demás, S. nos había contado a T. y a mí una conversación en la que A. le había expresado su falta de deseo por todos los signos de la masculinidad. Concebí el proyecto de depilarme.

Con él había permanecido yo extrañamente distante, en guardia, a la espera. Al encontrarnos solos por primera vez, el hecho de proponerle mi lengua, una compresa de mis papilas para aliviar sus piernas enrojecidas por las quemaduras del sol, fue como una simple provocación. Aún podía considerarlo hostil. Me gustaban sus miradas, pero desconfiaba, por ejemplo, de la similitud entre esas miradas y las que cambiaba con S.

Cogimos el tren de la una, porque el de las ocho cuarenta y ocho iba atestado. Yo había corrido por el paso subterráneo para volver a verte y en el andén te habría besado con toda seguridad, me había vuelto invisible para los otros, pero tu tren ya había partido y en las horas siguientes, en ese tren en el que me encontraba con T., había de disimular mi tristeza y saborearla interiormente.

Me gusta escribirte. El arrebato amoroso corresponde siempre a un arrebato en la escritura o en la palabra (siento deseos de hablar de él, de evocarlo, no puedo remediarlo), no sé cuál de ellos provoca el otro. También me gusta la idea de una

carta diaria, pero no por ello la cumpliré forzosamente.

4) A. Escribirte es una pérdida de tiempo, un vacío en la escritura. Me quedo en París. No hago gran cosa, leo, voy todas las noches al cine a ver un reestreno, ceno con amigos sin demasiado entusiasmo, no duermo con T., nos separamos todas las noches prácticamente a la entrada del metro Sèvres-Babylone.

Debería escribir una carta a una mujer a la que quiero mucho, que me importa muchísimo, y todas las veces aplazo esa tarea por escribirte a ti, esa carta es indispensable y pronto será demasiado tarde para escribirla.

El amor es la única pérdida de tiempo verdadera. Yo decía a T. que mi amor hacia él era enfermizo, pues todas las veces que lo veo sueño con abrazarlo y con que ese abrazo sea como una profunda anestesia, con que al instante holguemos juntos en un sueño sin despertar. Llevo varias noches teniendo pesadillas. Sigo sin recibir carta tuya. Cuando reciba una, tal vez deje de escribirte. Pero ¿no será que ya no me quieres por culpa de estas cartas? ¿Habrá algo en ellas que te resulte detestable?

5) A. Me parece que en todo momento podría tomar una hoja para escribirte y la carta sería ininterrumpida, el caudal de palabras tendría la regularidad de una teleimpresora.

Podría enviarte dos, tres, más cartas al día y no hacer otra cosa, aplazar todo para más tarde, no dejarlo sino para dormir, comisquear sobre el papel. Así, ayer comí poco, un melón, dos yogures de frambuesa. No podría contarte mi empleo del tiempo, ya que tú serías su único objeto, sólo podría hablarte de la escritura de estas cartas, ya que ocuparía todo mi tiempo.

El ritmo de una carta al día es en sí sospechoso: para los padres, por ejemplo, semejante asiduidad revela, no les cabe duda, una relación amorosa. ¿Habré de maquillar mi escritura, modificar la disposición de las señas en el sobre, cambiar de estafeta, desplazarme todos los días a un distrito diferente, para disipar esa sospecha?

No te hablaría de otra cosa que de esta escritura que me solaza y que no es rentable, que pierdo al momento, que puedes quemar, si lo deseas. Tú no me has pedido nada y, mira por dónde, yo te catapulto palabras en espera de las tuyas, que no me llegan. ¿No será que esa correspondencia no hace sino responder a tu silencio?

6) A. Regreso en coche: los cien últimos kilómetros no me resultaron tan pesados, al pensar en que al final tal vez encontraría una carta tuya, y ahí estaba. Antes de abrirla, me pregunto si debo esconderme para leerla (dejar el postigo cerrado), en cualquier caso lavarme las manos y tal vez defecar también, estar limpio y vacío, cortar el sobre con la hoja de un cuchillo, y cedo a la impaciencia.

Entonces pienso: a una carta habría que dar siempre dos respuestas, primero una antes incluso de haberla abierto (el efecto que me causa cerrada, la impaciencia, el deseo que provoca), después otra a la carta misma y la distancia o la superposición entre lo que esperábamos y lo que en ella encontramos. Tu carta es temible, excitante, en el sentido de que una de cada dos palabras me resulta ilegible, me obliga a una relectura, a prestar una atención extrema, y puedo atribuirle sentidos contrarios.

7) A. Vuelvo a conectar, después de un señuelo

de distracción. Acabo de vacilar en el momento de telefonearte. Al final, he marcado el número, comunicaba, he vuelto a marcarlo pensando: si sigue comunicando, querrá decir que no debo llamarlo hoy. Seguía comunicando y no he vuelto a intentarlo. Naturalmente, he pensado también: tal vez esté llamándome. ¿Quién hablará detrás de ese breve tono repetido? ¿Sus padres o él? Y, si es él, ¿con quién habla? Y pensaba: no ha podido recibir la carta que le he enviado esta mañana, el final era demasiado atrevido, no le he enviado un beso.

También él me ha escrito: un beso. ¿Pensará al menos en eso, en besarme? ¿Pensará en mi boca? ¿Pensará en la sensación de besar, en la dulzura de los labios que se tocan y después en su separación, en la irrupción de la saliva, de una boca a la otra, y tal vez en un momento en que el beso desborde la boca e inunde el rostro entero, el cuerpo entero? ¿Pensará, como yo, en todo eso? Ya nos hemos besado, pero sólo una vez, y no tuve tiempo de quedarme con el recuerdo del sabor.

8) A. Esta noche me falta algo. Quisiera distraerme con un cuerpo, con piel, formas cálidas, una boca, un sexo. Cuando escribo estas palabras, no puedo por menos de imaginarte. No iré a ligar, a buscar una boca fuera. Debería trabajar y, en lugar de ello, te escribo. No puedo decir que te ame, sólo puedo decir que deseo que nos amemos. Contigo no hay brutalidad: la evacuación de las fantasías. Una sola fantasía: la regresión. «Colocarnos» con la humedad de nuestros cuerpos, babear el uno en el otro, boquiabiertos en el iglú ardiente, en ese baño de humores desprovistos de viscosidades. ¡Nosotros dos solos! Dos, la cifra única.

9) A. Estoy en casa de mis padres: duermen o

fingen dormir, por el pasillo pueden ver la luz que pasa por debajo de mi puerta, estoy escribiendo. La risa de mi padre me resulta execrable, como también los susurros de los dos por la mañana para no despertarme. Hacía varios años, dos al menos, que no había venido. Tienen que mudarse, el inmueble está en venta y no tienen suficiente para comprar el piso, se van a vivir a un suburbio insulso y monótono. Han llenado tres cajas con cosas que dejé cuando me marché, hace cinco años. Mi madre ha escrito en ellas: H., personal. Ha insistido tanto en repetirme que lo había metido todo en desorden y que no había mirado nada, que me he imaginado, al contrario, que lo había mirado y leído todo. Es que les cuento muy pocas cosas.

Me he dado cuenta de que, al marcharme, había dejado, curiosamente, mis cosas más íntimas y ahí estaban los primeros poemas, escritos durante la clase en los cuadernos escolares, y los dibujos que siempre representaban el mismo rostro, un muchacho rubio de cara delgada, y las imágenes de la primera comunión, las fotos de la clase, las cajas de pintura. Esta noche, la ebriedad por las sensaciones exquisitas: Guinness de barril en un lugar demasiado iluminado. Podría hablarte de la luna bañada o de esas personas pringosas y cansadas cuya cara he mirado y rehuido al instante en el obscuro resplandor de un urinario.

En el tren, seguía leyendo *Salammbó* y todas las palabras raras me hacían pensar en ti, me habría gustado pasártelas, como una caricia, por los labios, por el cuerpo: nubios y púnicos, baleares, faláricos…

10) A. Inminencia de tu llegada: ya es hora de cuidar en mi cuerpo las superficies de placer que recorrerán tus dedos: pulirlo, alisarlo, depilarlo,

adelgazarlo ligeramente, posiblemente comprar un guante de crin para quitarle las rugosidades, poner perfume en ciertos puntos. Durante estos pocos días, voy a ayunar —cuaresma antes de una resurrección— y bañarme el cuerpo largo rato, ablandarlo para que esté todavía más suave, si te vienen deseos de tocarlo. Todo esto es literario: pienso en ello, pero, cuando estés aquí, mi cuerpo, como siempre, me resultará indeseable (la fantasía suprema sería que me gustara verme acariciado por ti sin reticiencias, sin mirarme). Otra carta que no recibirás, puesto que ya te has marchado de casa de tus padres. Estar enamorado y, por tanto, decirse: a esta hora debe de estar en un tren, entre Ajaccio y Niza, tal vez solo, tal vez acompañado…

Las letras seguidas de un punto que designan a los personajes serían como cifras, proposiciones aritméticas: los términos morales de una regla de tres: H., T. y A.

El sobre de las últimas cartas ya sólo estaba marcado con esa letra A., seguida de una cifra, 4, que significaba: la cuarta carta sin señas, la que no podía enviarle. Y, a fuerza de no tener respuesta, la escritura se volvía de nuevo egoísta, se recuperaba, volvía a pasar a grandes hojas blancas sin fecha, sin empezar con un pronombre, y el «tú» pasaba a «él», el «yo» permanecía. Después ocurrió que la espera no tenía otra razón de ser que la de no acabar y la llegada de A. debía por fuerza quitarle la gracia para mí (pero se trataba simplemente de otra proposición más). Cuanto más se aproximaba su llegada, menos lo imaginaba, más se desdibujaba. Al ponerlo de relieve mediante la escritura, ¿no habría rematado mi sentimiento?

Por tanto, había habido un paso importante, una transferencia: ahora era A. quien me hacía escribir y ya no T., al que yo obligaba ora a desistir ora a cautivar de nuevo la escritura, a hacerla versar de nuevo sobre él.

Así, pues, no había nada que yo esperara tanto como esa llamada de teléfono, esa voz, esa cita: ¿nada de verdad? A. no venía y tal vez no fuese a venir nunca a París, era mentira, o estaba aún desapareciendo y el miedo le impedía dar señal alguna. Yo no sabía dónde ni cómo ponerme en contacto con él después de esa fecha: la dirección ya no era válida. En mi mesa se apilaban las cartas que seguía escribiéndole y en el sobre ponía su nombre, después ya sólo sus iniciales y acabé pensando que ya no las cerraría, podría releerlas sin remordimiento. Pues, si él desaparecía, se convertiría en ladrón de las cartas que yo le había enviado.

La llamada por teléfono de T. fue una sorpresa: había vuelto de Cerdeña y se quedaba unos días más en Hyères. Le comuniqué el estado de castidad y, sin que me pidiera nada, le hice la promesa de mantenerlo, haciéndome creer de repente a mí mismo que estaba dedicado a él. Yo tenía la impresión de desviar el fin de la espera y la abstinencia y de volver al objeto original, negarme, pues, en el último momento a lo que más había deseado: A., en cierto olvido de T.

T. me había escrito, por primera vez, diez días antes, una carta que yo no había recibido aún y que nunca iba a recibir: al marcharse del hotel de Cerdeña, se la había confiado al portero.

Me llamaron en plena noche, justo cuando acababa de conciliar el sueño, con el cuerpo

evidentemente roto y uno de los brazos cruzado por todo el torso, y no era la voz esperada, sino la de un amigo, quien, en un arrebato de tristeza, me pedía que le dejara venir a dormir conmigo. Vacilé y al fin me negué: si me negaba toda idea carnal, con mayor razón una presencia. Y no era ese el cuerpo que yo esperaba, que podía volver a poner en movimiento el mío, el único que podía reanimarlo de nuevo y sacarlo de su hibernación. Cinco minutos después, volvió a sonar el teléfono y yo pensaba encontrarme con la misma voz, como una insistencia, pero era otra y tampoco la esperada. Otro amigo me telefoneaba desde una casa en el Mediodía, solo y borracho, y me esforcé en fingir afecto por él. Después no volví a conciliar el sueño en toda la noche y decidí entregarme al placer, tras encender de nuevo todas las luces: el ojo, el sexo y la mano en una imaginería pornográfica. Y no era nada, realmente nada, ese placer: un simple error, un crimen. ¿Cómo hacerlo ahora aparecer en mis sueños y retenerlo sin los polvos de la madre Celestina? Yo ya no podía bañar mi sueño con su imagen, el placer había borrado el sueño. Y el día siguiente la escritura volvía a ser una exhortación, igual que el brujo africano provoca la tromba.

Por fin, me llamó y su voz me resultó indiferente. Sólo oía su nombre: A. Acababa de llegar a París, le propuse cenar conmigo. Me dijo que volvería a llamarme: reservaba su respuesta. Yo me sentía conmocionado. ¿Qué debía hacer primero? ¿Cambiarme de calcetines, lavarme la cabeza, poner sábanas limpias, limpiar la bañera, defecar? Entre sus dos llamadas de teléfono, me dejaba tiempo para una preparación y de nuevo

una espera, una suspensión. En lugar de entregarme a un disimulo cualquiera, pasé ese tiempo escribiendo. ¿Le daría las últimas cartas? Su voz me había ya enfriado. ¿Le citaría fuera de mi casa, en un café, para no precipitar lo que la escritura había entorpecido y que esa noche podía desinflarse como un feo globo, con sonidos obscenos? Quise embriagarme con música fúnebre, amplificar mi emoción, gritar en la voz de Léontyne Price, pero el tocadiscos no giraba. Más tarde advertí que estaba desenchufado.

Si lo citaba en un lugar en el que no hubiéramos de romper cierta distancia, ¿no sería para reactivar mi frustración? Tenía que permanecer enamorado a toda costa y lograr que la escritura no se extinguiera.

¿Descolgaría del cuarto de baño la foto de T.? No. Y, sin embargo, era la única foto que quedaba, había quitado todas las demás. Por superstición, no me lavé el cuerpo hasta que volvió a llamarme para confirmar la cena. Justo antes de que llegara, di la vuelta a los sobres en que estaba escrita su inicial y, en la delantera de la mesa, dispuse, bien visibles, mis objetos de escritura, una hoja en blanco, la estilográfica abierta. Esa disposición de los objetos parecía decir: «De ti depende exclusivamente que vuelva a coger esta estilográfica y me ponga a escribir otra vez». Quería significar que yo era ante todo un mozo de escritura (que hechizaba mediante ella, cuya arma amorosa era ella). Y a un lado alineé algunos objetos: una regla, un cuchillo, un espejito de bolsillo.

¿Adónde lo llevaría a cenar? De esa elección dependería tal vez toda nuestra relación futura. Debía ser un lugar en el que estuviéramos totalmente solos, en el que no pudiese

encontrarme con nadie, tan sólo encontrar a un amigo lo echaría todo a perder. Me desagradaba mucho que él mismo viniese con un amigo, como me había anunciado, aun cuando fuera a dejarlo en su casa al comienzo de la velada. ¿Querría abusar de mi cortesía para imponérmelo? ¿Sería un subterfugio para evitarme?

Al volver a verlo, ya no me gustaba: llevaba encima los signos de una heterosexualidad opulenta. Tenía llavero de cuero, reloj de Cartier y bolsito de Hermés, su equipaje era el que aparecía en los anuncios de *L'Express*. Al salir de su coche, su forma de comprobar si todas las portezuelas estaban bien cerradas era, enteramente, el gesto que hacía mi padre y que yo no había visto hacer con tanta insistencia a nadie más. En el salpicadero del coche había, pegado con cinta adhesiva, un papel con unos veinte nombres de ciudades que indicaban su itinerario, de Niza a París, y, aun así, se había perdido. Me dijo que no quería vivir en el distrito IX, porque, según le había dicho su padre, era un barrio de mala fama. Me pidió que lo llevara a un lugar tranquilizador. Estaba espantado ante la idea de vivir en París y tener que atravesar lugares desconocidos, tenía un plan de batalla en la cabeza, una táctica de conquista que la desmesura urbana estaba ya desmantelando. Dos semanas más tarde, tenía que presentarse al examen de la escuela de arte dramático. Yo también me había presentado cinco años antes y había suspendido.

Lo llevé al bar del Vieux Berlin. Al dejarle elegir su puesto en la mesa, que era redonda, expresó una preferencia, yo también tenía una y

era la misma. Los dos preferíamos estar a la derecha del otro para ofrecer el perfil izquierdo. Ya a ese respecto no podíamos entendernos: siempre habría uno que cedería, por cortesía, y resultaría por ello perjudicado. Nos cambiamos a una mesa cuadrada y nos sentamos frente a frente.

Así, pues, con ese raudal de escritura repulsiva había yo convertido a A. en un personaje inofensivo para T. A. me reprochaba esas cartas: su insistencia, y que si lo convertían en un objeto, que si yo había cometido una indiscreción en Bayreuth, al enviarle aquella postal sin sobre. ¿Por qué no había dominado mis sentimientos, en lugar de exhibirlos como un exaltado? Esas cartas le habían dejado, según me dijo, un sabor de perversión.

Quiso darse un baño en mi casa y, como a mí, le gustaba mojarse el pelo, sin lavárselo necesariamente, para rizárselo otra vez, teníamos los dos esa coquetería. Le enseñé las fotos, había varias de mí y una sola de él y observé que sólo miraba de verdad la suya, la única que le interesaba. Le di a beber un poco de vodka. El alcohol, al insinuárseme en la sangre, me puso melancólico.

Se me mostró con el torso desnudo, en calzoncillos. Corría el agua de la bañera. Y me gustaba ese cuerpo que aún no había visto nunca, esa ausencia de pelos, la belleza del torso, la finura de las tetillas, como cinceladas, pero me volvía como un sufrimiento la idea de que yo no tenía un cuerpo igual para presentarle. Dejó sobre la mesa un libro de bolsillo estropeado, que me regaló: de ese autor que tanto le gustaba. En la portada aparecían dos gemelos imbricados. Había escrito su nombre en la guarda.

No quiso dormir en mi casa, pero insistió en

dejar en ella una bolsa llena de ropa, pues el piso del muchacho en cuya casa iba a vivir daba a la calle y no cerraba bien. De nuevo sus azoramientos de persona pudiente: pensaba en todo. Tuve deseos de besarlo, pero, en el momento de acercarme a él, sólo pude darle un abrazo viril, ridículo en comparación con la dulzura de los sentimientos pasados. Al encontrarme en mi cama media hora después y volver a pensar en ese cuerpo que se había presentado, me dije que podía servir muy bien de material fantasmático. Podía acariciarlo mentalmente, retirarle el calzoncillo, tomar su sexo en mi boca, pero, apenas me toqué el vientre, me quedé dormido.

A. acababa de llamarme después de cuatro días de silencio y en esos cuatro días el sentimiento había quedado revocado, borrado sin queja y sin escritura.

Me telefoneaba porque quería recuperar su equipaje. Sin premeditación, le dije que él había dejado en mi casa un depósito desconsiderado, como yo con mis cartas, y que había decidido ser el ladrón de su equipaje, como él había sido el de mis efusiones. Era necesario un intercambio: el equipaje a cambio del paquete de cartas, habría que contarlas y yo no admitiría un paso directo de sus manos a las mías. Lo haríamos mediante un intermediario.

Cuando colgué, miré la palabra «depósito» en el diccionario. El primer ejemplo era el de la colocación de un ramo de flores sobre una tumba; después, el depósito del testamento en la notaría; el depósito era un contrato por el que se recibía una cosa ajena con el encargo de guardarla y restituirla en especie; el depósito era una prenda,

una provisión, unas reservas; había depósitos de basuras; era una prisión en la que se guardaba a los presos de paso; partículas sólidas se depositaban en el fondo de un líquido impuro en reposo; el depósito era un precipitado, una incrustación, un tártaro. La intuición de la propiedad de la palabra se revelaba exacta.

Rolf, al que yo veía muy raras veces, dejaba siempre en mi casa, como emblemas conmemorativos, un rastro de su paso por ella, un dibujo, una firma en un cartel, que yo descubría días después de su marcha. Esa vez había recortado una tira fina de papel en la que había escrito: «*Ich habe/Ich habe nicht*». Al contemplar esas palabras, me pareció que lo decían todo sobre esta historia, sobre mi tristeza ya seca.

El tintero estaba vacío. El plumín de la Meisterstück aspiró la última tinta: con la mano izquierda debía mantener el tintero inclinado y con la derecha girar torpemente el tornillo de la reserva, en el fondo quedaban sólo unas gotas negras. Quedaban unas tiras de papel recortadas por Rolf, rompí una, decidido a hacer del tintero, a partir del cual había extraído durante un mes esa substancia amorosa, un panteón en el que enterré el papelito con nuestros nombres, el tiempo de nuestra relación, como la inscripción funeraria de un nacimiento y una muerte. El papel enjugó al instante las últimas gotas de tinta y el cristal, con la evaporación, volvió a estar claro.

A. me dijo por teléfono que no podía devolverme las cartas, no las tenía, se las había

confiado a Simone, quien las guardaba en una cajita. «Era la única manera de conservarlas». Yo iba a guardar su equipaje en el sótano por si acaso venía a recuperarlo brutalmente. Por teléfono pronunció estas palabras: «una exageración que no me satisface». Le dije que la herida segregaba una demencia.

Yo iba a dar esas cartas a T. Sería la primera persona a la que leería este texto. De nuevo, tendría el placer de leerle algo.

Hablamos sobre un posible título. «Cartas de amor» no le gustaba. Propuse: «El (o los) depósito(s) desconsiderado(s)». En primer lugar le contrariaron las dos palabras: el depósito, me dijo, no había sido desconsiderado. Había sido considerable: lo que estaba en juego era importante, treinta o cuarenta hojas de papel lo atestiguaban. No comprendía bien el sentido de esa palabra, «desconsiderado», la repitió varias veces y observó que había en ella una inversión de deseo. Yo le expliqué que era A. quien había hecho con mis cartas ese depósito desconsiderado: yo me había equivocado de dirección, se habían perdido mis cartas y ahora las reclamaba. «No debes denigrar a A.», me dijo. «Debes denigrarte a ti mismo»: en efecto, ¿hay algo más mezquino que la recuperación de cartas de amor? Yo recobraba esas cartas para convertirlas en una novela corta, una escritura con la que obtener dinero. «No hay beneficio pequeño, ahí tienes un título», dijo con cinismo. Y yo le recordé mi situación de colaborador a tanto alzado, periodista pagado por líneas, que debe entregar hojas de sesenta espacios por veinticinco líneas. T. consideró que A. había sido una víctima: esa escritura era una

construcción maquiavélica de la que él había sido, a su pesar, un simple pretexto.

A. había fracasado en el examen, había trabajado quince días en una compañía de seguros y se habían negado a pagarle, había solicitado un puesto de actor en un teatro pornográfico. La noche en que me devolvió las cartas, fuimos al cine con Simone. Ahora yo me sentía completamente desapegado de A., por fin veía a Simone, la mujer amada, la que había guardado mis cartas. Era una chati vestida de astracán y con el rostro cubierto de granos: no podía mirarla sin sentirme al instante invadido por una sensación de miseria.

El beso a Samuel

En abril de 19**, partí solo, por una semana, a Florencia, para fotografiar las figuras del museo de cera anatómico. Llegué el domingo. El museo abría sólo unas horas el sábado por la tarde. Durante esos seis días de espera llovió.

Llevaba poco dinero. En la oficina de turismo me indicaron una pensión en Via Martiri del Popolo, en el cuarto piso, al fondo de un patio en el que un cine exhibía una película de Bruce Lee. La habitación me gustaba, pese a ser muy modesta: el agua del grifo tenía un gusto a lejía que yo saboreaba; el interior del armario olía, en efecto, a interior de armario; las sábanas, de tan usadas, estaban suaves; la colcha de lana marrón, muy fina, me recordaba a la del dormitorio de la escuela de párvulos. Pagaba siete mil liras por noche. La pensión cerraba a medianoche.

La soledad me obligó inmediatamente a una percepción más activa, más puntillosa, a desmenuzar naderías. Mi mirada tropezaba con todo, pero nadie tropezaba con mi disponibilidad. Me miraba excesivamente. T., que en el último momento me había dejado marchar solo, se convertía en una idea de refugio, un punto de apoyo, en el que abandonarse: ¿debía solicitar el sufrimiento?

No visité ningún museo. Me veía deambular por las calles, volver a los lugares por los que había pasado con él dos años antes. Volvía a las mismas comidas, al pan caliente con aceite de una panadería de Via del Cerchi, pero habían renovado el local. Volví a tomar las mismas fotos, las tumbas de niños, los medallones y los mausoleos del gran cementerio, seguramente con los mismos encuadres. No volví a los jardines de Boboli, donde dos años antes, caminando detrás de él, había sentido el repentino deseo de lanzarle con todas mis fuerzas la masa de la máquina de fotos, sujeta en torno a la muñeca por una correa, contra la nuca. Era un peregrinaje sin hipnosis.

Ya no sabía si debía hablarme a mí mismo o tomar un interlocutor, sellar un sobre. Allí no solamente dormía solo, sino que, además, estaba exclusivamente solo, no hablaba sino para pedir la comida o cambiar el dinero destinado a los fotomatones. Si un imbécil quería abordarme, no le decía que era extranjero o que no comprendía, le decía simplemente: «No quiero hablar». No hacía ningún trayecto en autobús, ni siquiera el más largo, iba a pie. Llevaba los calcetines agujereados por la parte del talón. Ya no me afeitaba, no me lavaba la cabeza. No llevaba conmigo ningún objeto de escritura e iba arrancando sucesivamente las páginas de mi libro, pedía prestado un bolígrafo para escribir. El fotomatón se convirtió en mi ocupación más frecuente. Las fotos estaban garantizadas: indestructibles, inalterables, durante veinte años. En la máquina estaba escrito que eran fotos para pasaporte, carnet de identidad, carnet de conducir y permiso de armas, alguien había añadido «*narcisismo*». Volví varias veces a sacarme fotos en esos fotomatones de cuatrocientas liras. No sabía

si esas imágenes que salían del aparato reforzaban mi aislamiento o me separaban de él. Con una de ellas encargué en una tienda mi medallón funerario.

Volví dos veces al día a la estación terminal. Me metí por ese pasaje subterráneo cuyo guarda era un hombre ciego que mendigaba sin descanso. Me mantenía atento a la confusión de los movimientos. Mientras unos viajeros se adormilaban en la sala de espera, en la capilla católica un hombre dejaba su gorra de cuadros y su bolsa de eskay en el banco que tenía delante y se arrodillaba para rezar, unas mujeres esperaban en fila para la confesión; a veinte metros de allí, en los servicios, unos hombres maniobraban, por entre las puertas entreabiertas, barras de carne bastante rosadas. Deslicé cien liras en el *shoe polisher* e introduje, sin poner atención, mi mocasín bajo el enorme cepillo, que se había puesto a girar. Pero un hombre se me acercó y me apartó la pierna, me mostró la máquina en que estaba escrito «marrón» y después señaló mis zapatos, negros, naturalmente, y aprovechó los últimos instantes en que el cepillo giraba para deslizar sus zapatos, de color marrón.

Volví más tarde, y borracho, a esos servicios; con el vientre frotando contra el embaldosado húmedo, pues la cisterna se desencadenaba sola a intervalos regulares, me dejé dar por el culo por el primer tipo que se presentó. La última noche seguía sin haber hablado con nadie. Delante de los servicios un joven me abordó y me pidió diez mil liras por acostarme con él. Llevaba ese dinero e incluso un poco más en un bolsillo interior de la chaqueta. Llevaba también cinco mil liras, la mitad del dinero que me pedía, en un bolsillo exterior. Entonces se me ocurrió la idea de

mentirle: le dije que no llevaba ese dinero conmigo, que tenía sólo cinco mil liras y se las daba tan sólo por un beso. Esa propuesta pareció alegrarlo, halagarlo. Se llamaba Samuel, era originario de Palermo y tenía diecinueve años; me habló de su novia, que vivía en el norte de Francia, en Marcq-en-Baroeul. Fuimos en busca de un lugar en el que pudiéramos besarnos. Bordeamos el andén y después nos metimos por los pasos subterráneos, en los que cuerpos envueltos en nilón azul y rosa tapizaban el suelo en busca del sueño, algunos nos interpelaban por las estrechas ranuras del saco dé dormir para preguntarnos la hora. Nunca era posible el beso. Siempre pasaba un viajero o un mozo de equipajes, un ruido de pasos nos impedía detenernos. Cruzamos la estación en toda su longitud y después volvimos a salir al último andén, desierto y negro, y lo bordeamos hasta que desapareció en la alineación de los raíles, tras pasar ante un vestíbulo en el que hombres con mono arrastraban grandes cajas, por fin nos encontramos solos y nos detuvimos, nos volvimos uno hacia el otro, pero un hombre escondido en la obscuridad de una locomotora nos interpeló y nos ordenó que nos largáramos. Le dije: «de paseo», y reanudamos la marcha, volvimos a meternos por el paso subterráneo. Habíamos caminado veinte minutos y al final se volvió hacia mí y nos besamos sin prestar ya atención a los que pasaban, al pie de una escalera. El traspaso del dinero siguió casi al instante al traspaso de la saliva: mientras su lengua me penetraba en la boca, yo me sacaba las cinco mil liras del bolsillo y se las pasaba al suyo. Al principio me pareció que tenía pelos en la lengua, pero era el paloduz que estaba mascando. El beso se prolongó. Samuel se rio y me

dijo: «Tienes unos dientes bonitos». Volvió a besarme, varias veces seguidas. Dijo riendo, en francés, como en la canción: «*Voulez-vous coucher avec moi ce soir*?». Me preguntó si había visto ya a Alain Deion, como yo lo veía a él, midiendo la distancia que nos separaba, y me puse a describírselo, pues lo había visto realmente, y mi descripción me pareció de repente mentirosa por lo estereotipada que era. Después me dijo que tenía hambre y me invitó a comer espaguetis con él y beber
Coca-Cola
en la cantina de la estación. No me atreví a decirle que le había mentido y al final le dejé pagar. Tenía que volver a mi pensión, pues faltaba poco para la medianoche. Me acompañó un poco fuera de la estación, con la mano en el hombro, y, cuando nos separamos, me puso quinientas liras en la mano «para volver a casa».

El día siguiente, fui al museo de cera anatómico a la hora en que abría. Había esperado tanto ese momento, que me puse a tomar fotos con precipitación, sin mirar nada. El museo estaba aún vacío, y, aunque estaba prohibido, podía tomar todas las fotos que quisiera sin llamar la atención. Pero, a partir de la tercera foto, el flash dejó de funcionar, las pilas estaban gastadas y el lugar estaba tan obscuro, que no se podía fotografiar sin flash. Salí a comprar pilas, pero todas las tiendas estaban cerradas. Había que esperar cuatro horas. Cuando volvieron a abrir, el museo estaba a punto de cerrar. Yo había abandonado el cuarto de la pensión y había dejado mi equipaje en la consigna de la estación. Me quedaba un poco de tiempo antes de que saliera el tren. Samuel no estaba por allí. Fui a los sótanos de un establecimiento de higiene compuesto de un barbero, servicios y

baños turcos. Entré a que me afeitaran la barba, ya de seis días, y salí con las mejillas rojas de sangre.

Tomé el tren hasta Siena. En el jardín del Palazzo Ravizza, el árbol en flor estaba ya rosado. Escuché el sordo estruendo del chaparrón, mientras el lento hililllo de agua caliente llenaba la bañera. El campo toscano era tal como Yvonne me lo había descrito, más allá se alzaban las cruces del cementerio. Los espíritus que debían de morar en mi cuarto, en el último piso de aquel palacio desierto, no formaban ninguna presencia hostil, o graciosa, en torno a mí, tan sólo una suave envoltura. Delante de la ventana, me rasqué con fuerza la cabeza, hasta que la piel cayó en películas sobre el cuaderno, en el que escribí: excepto la persistencia de mi materia fecal al chocar en el esmalte, ya no hay punto de referencia.

Surtainville, 13 de octubre

En seguida, al cruzar el vestíbulo de la estación, tuve la impresión de recuperarme, reapropiarme, poseerme de nuevo, sentirme de nuevo rico de mí mismo. Y en seguida, en el tren, todo me parecía raro: ese cielo tan rosa, esa bruma azulada que se aferraba a todo, ese escalope de pavo tropical y ese *Diabolique-Stromboli* que proponía el menú, esos cubiertos de acero inoxidable precintados, la pintada con bolígrafo, ya pintarrajeada, que mostraba en la banqueta que tenía ante mí a una mujer con las piernas separadas y alzadas, entre las cuales trepaba un sexo dibujado como un caracol, esa mostaza que untaba en el camembert (y me pregunté si sería porque el camembert estaba soso o porque había sentido deseos de abrir ese sobre de mostaza), ese helado repugnante con sabor a pistacho con el que concluir ya la comida, todo me parecía inefable y apropiado para la observación. Pensaba ya en esos relatos de la vida de un viajero, de un solitario: aquí anochece a las seis, me acuesto pronto y duermo bien, he guardado para el viaje un traje sin brillo, impráctico; mis mocasines negros, a los que nunca doy betún, están cubiertos de polvo. De repente, no comprendía por qué era el tren un medio tan seguro, por qué no había más insensatos

que colocaran de noche troncos de árbol cruzados en los raíles.

Había partido con precipitación y, en el último momento, había optado por hacerlo solo, en lugar de ir a ver a amigos. No conocía aquel lugar: me lo habían descrito al borde del mar, aislado sobre un farallón, azotado por el viento. No era un hotel, sino una quinta cuyos propietarios recibían a veces a huéspedes. Las habitaciones, cuatro, eran espaciosas y claras. Había que subirse a un taburete para meterse en la cama y hundirse bajo un edredón. Se comía en la cocina, en torno a una larga mesa de madera tosca, con los propietarios. El hombre vino a buscarme a la estación de Cherburgo, se dirigió hacia mí pronunciando mi nombre y, como yo parecía considerar natural que fuese él quien me recibiera, me dijo: «Pero usted ha visto mi fotografía». Debíamos recorrer veinte kilómetros en la bruma, que, después, en las inmediaciones del mar, se disipó. El hombre me avisó de que en la quinta no se encontraban las comodidades ni la acogida de un hotel, que no se iba a ella por razones de ocio o diversión, sino para el estudio y el recogimiento. No me hizo pregunta alguna, cosa que agradecí.

Llegamos a la quinta, el perro ladró. Nos esperaba la mujer, quien me enseñó mi alcoba. El niño estaba ya dormido. La alcoba no era como yo la imaginaba: espaciosa, cierto es, con dos ventanas, pero la cama era baja y estaba cubierta con una colcha de terciopelo rojo y amarillo sobre el que habían colocado un erizo de piel acrílica. Yo miraba demasiado el enlucido nuevo y todos los colores eran demasiado limpios: el rojo del terciopelo y los de los objetos colocados en la repisa de la chimenea, el jarrón de opalina, el encendedor, el cochecito antiguo, el cristal

amarillo del quinqué, al que habían conectado la electricidad; me habría gustado el lagarto disecado, si no hubiera estado entre aquellos objetos. Había una mesa y un escritorio y sobre este habían colocado una carpeta de cuero repujado con incrustaciones de oro, un tampón secante y una piedra aparentemente volcánica, y todas las cosas tenían su lugar en la placa de vidrio que cubría la madera, ya protegida por un tapete de fieltro. Tomé cada uno de los objetos en las manos para observarlo. Abrí la maleta y saqué la estilográfica, el tintero, dos cuadernillos, papel y un volumen de Flaubert de la colección de La Pléïade, que tuve el cuidado de colocar sobre la mesa y no sobre el escritorio. Retiré el erizo gris de la colcha y, por último, observé la moqueta. Aquella habitación, en conjunto, me recordaba la supremacía de los colores en la descripción literaria.

En el momento de acostarme, fui presa de un gran espanto, al intentar arrancar de uno de los visillos un caparazón aparentemente inerte, disecado, sin patas ni cola ni cabeza, a medias crustáceo y a medias oruga, y que bruscamente empezó a moverse, con flaccidez. Fui al instante a ahogarlo en un remolino de agua hirviendo y, cuando, además, lo aplasté con la punta del cepillo de dientes, sólo salió un poco de polvo verde.

La mañana siguiente, vi al niño: era rubio, muy rubio, y tenía los ojos azules, estaba montado en su silloncito de niño, en el que lo sentaban para comer. Estábamos esperando la leche, que aún no habían traído. Me fui a pasear y crucé el pueblo, donde algunas caras me observaron con curiosidad. La quinta estaba junto a una granja y la alcaldía y la escuela se encontraban justo al otro lado de la calle. Primero pasé por delante de la

estafeta, que era al mismo tiempo salón de peluquería y mercería, después me vi en el espejo del escaparate del garajista. Había una iglesia hecha con piedras grandes y rodeada de un cementerio. Pasaba un tractor o una bicicleta, los conductores se volvían para mirarme a la cara. El Café des Sports, que tenía un despacho de pan y carne, estaba cerrado por las vacaciones anuales. Entré en el estanco: la joven me dijo que no recibían los periódicos de París, había que ir hasta Pieux.

El mar estaba a casi dos kilómetros del pueblo. Vi lecheras de zinc plateado derribadas a lo largo de las casas, vi a mujeres que recogían manzanas y judías, vi coles altas sobre sus tallos, espectáculo que me resultaba inhabitual. Los olores eran a fuego de leña, a manzana de sidra y, por capas, a masa de pan. Hundía los zapatos en la arena de las dunas: la playa se extendía hasta el infinito sin una sola presencia. Pensé en poner las nalgas al viento, incendiar un nido de pulgas de mar y estudiar minuciosamente su angustia, pero eran ideas de imbécil. El sol calentaba tanto, que hube de quitarme el jersey y la bufanda.

La mujer me había hecho la cama y había vuelto a colocar encima de ella el erizo gris. Lo retiré de nuevo y lo escondí en el fondo del armario, debajo de una almohada; si el día siguiente ella volvía a colocarlo en el mismo sitio… pues yo lo dejaría, por desesperación. Abrí de par en par las dos ventanas que daban a un huerto. A ratos oía los gritos de los niños en el patio del recreo, mugían las vacas, cacareaban las gallinas: un cuadro completo. Alejé la mesa un poco de la ventana, pues la reflexión del sol me cegaba. Aquí tenía más tiempo para mirarme, pero me preocupaba menos de mi aspecto. Por la

mañana, no me lavaba la cabeza para que se me rizara el pelo. Por lo demás, el lavabo estaba demasiado bajo y el intersticio entre el grifo y la jofaina era demasiado estrecho para no herirse la nuca.

El hombre tenía una sotabarba rubia y las mejillas siempre rosadas. Por la noche nos dejaba en seguida, nada más comerse el queso, pues se iba a trabajar a un cine de Cherburgo. La comida comenzaba con una sopa de acedera, comían mirando la televisión y sin hablarse. A la mujer le gustaba un cantante que tenía los ojos azules y dijo: «Me gustan los hombres de ojos azules», yo tenía la cara vuelta hacia el televisor y ella me tiró del brazo para verme la cara y dijo: «Pero ¡si usted también tiene los ojos azules!». El hombre nos repetía «hasta luego», a ella y después a mí. Yo subía rápido a mi habitación.

Desde que había visto a unos niños comiendo raviolis en un anuncio de televisión, el niño no cesaba de pedir raviolis. En cuanto aparecía un negro en la pantalla, se ponía a gritar y repetía gesticulando: «Quítate de ahí, quítate de ahí», hasta que el negro desaparecía, efectivamente. Tuteaba a su madre, pero para pedirle algo decía: «Mamá, por favor, agua; mamá, por favor, fruta».

Todas las noches escribía a Yvonne e iba a echar la carta la mañana siguiente. Era una meta para el paseo. La recogida del correo se hacía a las once. Cuando volvió de la compra, la mujer me dijo que varios comerciantes le habían dado mi descripción. El niño pidió que lo llevara conmigo a la playa y, como debía hacer la siesta, no pudo dormirse por miedo a que me marchara sin él.

Me encontré caminando por una carretera rural, llevando a un niño rubio de una mano y en la otra la correa de un pastor alemán. La gente nos

miraba por las ventanas y los perros, que ladraban con rabia en los patios, se estrangulaban en sus cadenas de hierro al intentar lanzarse sobre nosotros. La perra llevaba también un collar cuyos pinchos, en cuanto tiraba demasiado fuerte de la correa, se le incrustaban en el cuello. Yo llevaba los tirantes del niño en el bolsillo. Y un rato antes, en la playa, había montado al niño sobre mis hombros y había corrido con él. Habíamos construido una pirámide y habíamos cavado un hoyo profundo. Nos habíamos quitado los zapatos y los calcetines y él se había mojado los bajos del pantalón con las olas y me había preguntado si podía quitárselo y después si podía quitarse también los calzoncillos y yo le había dicho primero que no y luego que sí. Cuando volví a montármelo sobre los hombros, sentí la carne un poco fría de su vientre que me frotaba la nuca. Después volví a vestirlo. A ese niño de tres años sólo lo conocía desde aquella mañana. Al ver las miradas desconfiadas de la gente en las ventanas, sorprendidas por el concierto de ladridos que desencadenábamos (¿era la perra la que los desencadenaba o yo, como un personaje marcado por la maldición cuya proximidad misma enloquece a los animales y les eriza las orejas?), pensé: si de repente sufriera un ataque de amnesia y me encontrara por esta carretera rural, con ese niño de la mano, me vería en esa situación, yo que no «dispongo» nunca de niños, y creería que acababa de raptarlo. Y, sin embargo, aunque sólo me conocía desde hacía unas horas, el niño me hablaba ya con confianza: me decía que los tractores le daban miedo, pero que le gustaban mucho los coches, a condición de que no lo atropellaran. Así, pues, yo estaría raptando a ese niño, volvería a la playa, cuando, en realidad, nos

dirigíamos de ella a casa, volvería a desvestirlo y esa vez le acariciaría todo el cuerpo y su cuerpo era tan pequeño, tan agradable, tan confiado, que de pronto resultaría evidente que lo estaba estrangulando y sería cosa de nada, su cuello era tan estrecho, que una sola mano bastaría y yo soltaría el perro y huiría.

Pero no tengo amnesia y advierto que ese niño quiere extraviarme a mí, indicándome caminos equivocados, para quedarse más tiempo conmigo y no volver en seguida a la casa.

He paseado largo rato por el cementerio. Una mujer me ha preguntado si buscaba una tumba, pues ciertas inscripciones están borradas. Había cristos atados a cruces de chapa recubiertas de perlas negras. Sobre las tumbas de niños, sembradas de piedrecitas blancas o de vidrio machacado, los angelotes de porcelana practicaban un faquirismo fantasmal. No me he atrevido a robar uno de esos angelotes. Después he entrado en la caseta de piedra de los servicios para ver si había una inscripción detrás de una puerta y la obscenidad de esta me ha parecido muy encantadora: «Busco niña de
8-12
años para mamarla cariñosamente o que me acaricie, que me enseñe su rajita. DRV».

El domingo fuimos de paseo en coche. Visitamos una cantera de mármol y después, bordeando el mar, la mujer me mostró una instalación atómica. El paseo por las dunas fue largo y pesado. El hombre hacía restallar como un látigo la correa del perro a intervalos regulares. Saludamos a un cazador. Las moras que la mujer me ofrecía tenían mal sabor. El niño empezó a quejarse y pidió que volviéramos a casa. Su madre me dijo: «No se lo monte a hombros, mi marido se

niega siempre y no hay que crearle malos hábitos». El niño se echó a llorar. Nos habíamos alejado tanto, que tardamos mucho en encontrar el coche. Al regreso, la mujer propuso que tomáramos un té para entrar en calor y un bollo del día anterior, que recalentó en el horno. El día siguiente, la mujer me dijo que lo sentía mucho, había discutido con su marido e iba a tener que cobrarme mi participación en la excursión y en la merienda.

Yvonne me ha dicho que debía vivir las situaciones para escribir de ellas, como por honradez. No me cuesta imaginar una situación que me conduciría a estrangular al niño y entregarme a la policía, como por honradez para con la escritura, vivir, por tanto, la amnesia que esta habría programado.

El niño quiso volver a la playa conmigo. Soplaba el viento. Poco antes de divisar las dunas, se detuvo: no quería seguir adelante, decía que mi mano estaba demasiado fría. Se guardó la suya en el bolsillo y dio media vuelta.

La toalla

Una noche cené pescado crudo en un restaurante japonés y la mañana siguiente ingresaba de urgencia en el Hospital des Peupliers, en el distrito XIII, para operarme de apendicitis. Estaba a punto de cumplir veinte años, pero me pusieron en una habitación común con dos niños: uno negro que debía de tener quince años y otro mucho más joven, de cabello fino y extraordinariamente rubio y de piel tan pálida, que, cuando se animaba, parecían vérsele en trasparencia ciertas afloraciones más rosadas. No debían de haberme administrado anestesia suficiente, pues a la salida del quirófano me despertaron mis alaridos en la camilla y en el ascensor. Por los pasillos seguía dando alaridos, con una voz que no reconocía, que no procedía de la garganta, sino del vientre precisamente. Los enfermos se apostaban en el umbral de sus habitaciones, al borde del pasillo, para verme pasar. Una enfermera me dio cachetes, le supliqué que me pusiera una inyección para volver a dormirme. Sacaron a los dos niños de la habitación y por fin me pusieron esa inyección, que me tranquilizó.

Cuando me desperté, tenía a la cabecera de la cama al niño pálido, que me velaba de pie. Un

poco más allá, sus padres, que habían venido a visitarlo, lo miraban en silencio. Yo llevaba unas veinte horas sin beber y suplicaba que me dieran esa agua que aún me estaba vedada (iba a tener que esperar a la sopa de la cena, el agradable gusto del puré y de la loncha de jamón). El niño fue al baño y volvió con su manopla empapada y se puso a pasármela por el borde de los labios. Volvió varias veces al baño para remojarla y refrescarla y acabó aplicándomela en la frente. Sus padres le pidieron que volviera a acostarse. En la otra cama, el muchacho negro estaba leyendo un tebeo. Sin decir palabra tampoco esa vez, el niño pálido se levantó de la cama para ir a orinar. Echó la cortina de plástico blanco y al instante se oyó el sordo choque de su cuerpo contra el suelo. Sus padres corrieron a levantarlo y lo llevaron a su cama, donde recuperó el conocimiento. Tuvieron que marcharse y yo les dije adiós.

La víspera habían circuncidado a ese niño y, todas las veces que orinaba, caía al suelo desmayado, seguramente de dolor al tocarse la verga. El muchacho negro y yo llamábamos al instante con el timbre a la enfermera, que iba a levantarlo.

Cada vez estaba más pálido, con esa piel tan blanca y tan mate, que a veces, con la emoción, cobraba tonos sonrosados. No hablaba, permanecía con los ojos muy abiertos en la cama. El día siguiente, abandonó el hospital y a mí me llevaron a una habitación individual. Vinieron a recogerlo sus padres. Antes de marcharse, abrió su bolsa para darme su toalla, una fea toalla abigarrada, que aún conservo.

El viaje a Bruselas

Sólo lo había visto una vez, en una escuela de fotografía en la que habían solicitado mi presencia. Era el muchacho más alto, tenía el pelo negro y corto, erizado en remolinos, hablaba con acento alemán, eso era todo lo que yo sabía de él, para explicar esa atracción.

Su imagen permaneció suspendida durante meses: no me decidí a pasar página. Cuando estaba seguramente a punto de esfumarse por fin, me llamó por teléfono. Le dije: «Tengo deseos de verte». Él me dijo: «Ven en seguida, que te voy a preparar una comida», y colgó sin darme tiempo a decirle que no estaba libre. Volví a llamar, pero ya se había marchado.

Me presenté en su casa, en lo alto de una escalerita mugrienta. Vivía en el otro extremo de París, en el distrito XVIII. Me abrió la puerta como a un amigo al que hubiera vuelto a ver por fin, tras años de ausencia (esos años habrían sido los de nuestras edades: veintitrés, veinticuatro años). Estaba echando en una sartén, al fuego, trozos de cebolla, plátano y jamón y arroz aliñado con aceite. Nos sentamos frente a frente en la cocinita sin luz y con su presencia experimenté al instante una sensación de elevación, aventura, libertad. En apariencia, nada erótico había en sus palabras,

pero ante ellas mi verga se inflaba brusca, misteriosamente.

Dos cosas deberían haberme parecido agresiones, pero me las tomé con naturalidad, como en una sucesión armoniosa de acontecimientos: primero encendió la bombilla desnuda que colgaba del techo, en el preciso momento en que yo creía preferir aquella obscuridad en la que nos encontrábamos, y aquella nueva iluminación, al dar un duro color plomizo a nuestros rostros, no cambió nada, ni en nuestra mirada ni en nuestras palabras. Después llamó a la puerta un amigo suyo, con un bocadillo en la mano comprado en la tienda árabe de ultramarinos, y esa intrusión cómica (pues era uno de esos muchachos que cuentan historias graciosas) no logró importunarme: yo tenía confianza en todo instante. El vino era de mala calidad, pero eso no tenía la menor importancia, se volvía excelente simultáneamente en nuestras bocas.

Por último, en el momento de marcharme, el muchacho se puso a contar historias de miedo: que si el barrio no era seguro, que si a él ya le habían atacado, pidió que llamáramos a un taxi para que lo llevase a su casa. Yo insistí en coger el metro y, mientras su amigo montaba en el taxi, él se ofreció a acompañarme hasta el metro. Al doblar una esquina, nos dimos de bruces con unos chicos vestidos con cuero negro que estaban meándose en los coches, al tiempo que eructaban. Uno de ellos dijo: «A esos vamos a trincárnoslos». Yo temblé, pensé en volver atrás, salir corriendo, pero él sintió mi miedo y me echó la mano al hombro en el preciso momento en que nos los cruzábamos y se separaron para dejarnos pasar, cuando me dijo en voz muy alta: «No debes tener miedo, que vas

conmigo». No me volví, cuando me dejó en el vestíbulo de la estación de metro, me deseó buen viaje, como a alguien que parte para un largo crucero, viento en popa.

Me dio la foto de un hombre que muestra con el brazo extendido una lechuza muerta. Abrió la boca riendo y me señaló un agujero, entre los dientes, justo en medio, abajo, se había peleado de niño y el diente, sin desprenderse totalmente, había acabado pudriéndose. Había pegado la radiografía de ese diente ausente en algunas de sus fotos. Esa forma alegre de mostrar en seguida lo que otros habrían intentado disimular me hizo acariciar el proyecto de pasar la lengua, al darle el primer beso, si es que llegaba a dárselo algún día, por el intersticio de ese diente desaparecido antes de que lo taparan. Habría podido cogerle la mano y pasársela por mi torso para que se accidentara, como por descuido, al borde de un precipicio, como en una trampa para lobos cubierta de hojas, para que su mano se esfumara… pero no lo hice.

Habíamos convenido por teléfono en salir de viaje juntos. Yo había dicho Bruselas, él Chartres o La Roche-aux-Fées, quería llevarme a dormir bajo una brecha que había descubierto entre dos menhires, donde iban a dormir los gatos. De niño estaba grueso, pero no había adelgazado, se había quedado muy flaco porque de repente había crecido en demasía. Me había sobrepasado, pero yo no lo conocía aún. Tenía ocho meses menos que yo. Él era alemán, nacido en Friburgo. Pronto debía trasladarse a esa ciudad para celebrar los setenta años de su padre y, si queríamos viajar juntos, teníamos que partir en seguida.

Se había llevado tintura de mirra para calmarse las encías, en caso de que le dolieran. Por mi parte, yo había llenado mi bolsita con toda clase

de comprimidos y cápsulas diferentes, había imaginado todas las clases posibles de padecimientos y tenía un remedio contra cada uno de ellos; en el momento de salir, había confeccionado metódicamente ese catálogo (me habría gustado, en secreto, que él hubiera padecido algo para aliviarlo): todo, es decir, dolor de vientre, dolor de cabeza, insomnio, mareo e incluso fatiga extrema. No me había llevado ningún libro ni ropa, salvo otro *tee-shirt* de recambio, de color rojo.

En el momento de partir, en su casa, había abierto bruscamente su bolsa de fotógrafo, había sacado delante de mí su pijama y había dicho: «No, no quiero llevármelo». Pero no se había lavado, voluntariamente, desde hacía varios días para que su olor lo protegiese formando en torno a su cuerpo una armadura, una barrera, que me sería difícil franquear (así como contra los mosquitos se recomienda el licor de corteza de limón).

Se había puesto una cazadora de cuero negro que varios años antes un camionero le había dado en la carretera de Hamburgo y a la que había mandado poner un forro de lana de oveja. Unos días antes de nuestra partida, yo había notado, en el interior de sus orejas, la amarilla y cerosa materia del cerumen y me había dicho que ese asco particular que me inspiraba sería una prueba, un desafío a mi deseo, como el obstáculo de un torneo. Pero el día de la partida la materia amarilla había desaparecido. Y esa cazadora de cuero negro usada, con su cinturón, se convertía para mi deseo en un puente demasiado evidente, un conductor demasiado eficiente.

Eligió un tren que tardaba seis horas en llegar a Bruselas, cuando, en realidad, se podía hacer ese

viaje en tres. Era un tren en el que le hacían un descuento, de estudiante, un tren con destino a Amsterdam que tomaban los emigrantes portugueses de regreso a sus trabajos en los Países Bajos. No había literas, pero la mayoría de los viajeros estaban tendidos a lo largo de los asientos y tiritando bajo pilas de ropa. Intentamos mantenernos despiertos hablando, las palabras ya no significaban nada, sólo la sonoridad que comunicaban al oído. El tren permanecía una hora en una estación, sin motivo, ya eran las dos de la mañana y el hombre que paseaba un carrito de bebidas a lo largo del andén llamaba a intervalos regulares a los cristales, a la altura de la cara aplastada de los viajeros dormidos, sólo para despertarlos, abusando de un derecho irreal que le concedía su empleo de vendedor ambulante, pero sin la menor esperanza de vender nada (tal vez también por estar acostumbrado a no vender ninguna botella de cerveza ni ningún calducho negro fuera por lo que ese hombre golpeaba los cristales, para perturbar el sueño de los no bebedores…).

El tren permaneció una hora en la aduana, esa vez estábamos adormilados, él se había tapado con su cazadora, yo, cuando no dormía, jugaba con su cremallera, no me atreví a volverme para mirarlo. Un hombre grueso, con acento belga, despertó a todo el compartimento con su potente y cansina voz: «¿De quién es esta maleta roja? ¿Es de usted, señor? ¿De usted, señor? Si esta maleta roja es de alguien, que lo diga; si no, voy a tener que bajarla al andén». Al cabo de unos veinte minutos de apostrofes individuales en que no cesaba de repetir esas palabras —maleta roja—, el hombre se decidió a bajar la maleta al andén. Nada más ponerla en el suelo, la maleta explotó y el hombre

quedó despedazado. Registraron todos nuestros bártulos, apuntaron todas nuestras identidades, interrogaron a todos los viajeros.

El tren llegó a Bruselas con retraso. Eran las cinco de la mañana. La oficina de cambio no abría hasta las siete y no teníamos ni una sola moneda belga. Estaba amaneciendo apenas, como él había deseado. El viento era muy frío, los postes de señalización parpadeaban sobre un fondo de cielo malva. Cruzamos la carretera y entramos en el primer café. Preguntamos a la señora de la barra si podíamos pagar en francos franceses y le dimos diez francos por los dos cafés. Estábamos sentados en una banqueta, junto a un *juke-box* desenchufado, frente a nosotros una mujer de párpados abultados, acurrucada contra un hombre, le acariciaba las mechas de los cabellos con la punta de los dedos, con uñas pintadas de rojo.

Esperamos a que abrieran la oficina de cambio y nos alejamos de la estación caminando. Entramos en otro café, en una placita. Un hombre, recién lavado, a punto de marcharse para el trabajo, con una bolsa a sus pies, estaba bebiendo una cerveza. Nos preguntó si éramos ingleses. Nos dijo que todas las mañanas escuchaba la radio francesa y se puso a cantarnos la sintonía de una emisión.

En el Museo de Bellas Artes no había ningún Rembrandt y las pinturas del Museo Wiertz, difícil de encontrar, eran de una materia grosera, de colores vulgares y dimensiones vanidosas: era preferible verlas en tarjetas postales. El sol se alzó en el parque bordeado por el invernadero. Junto a la escalera, de pie frente a la pared, dando la espalda a quienes subían, un hombre oscilaba en silencio, al tiempo que besaba la piedra. Pero la

cámara de fotos no podía transcribir nada de ese movimiento, esa pose, esa inmovilidad combinadas.

Volvimos tres veces al mismo restaurante, bajo un pasaje cubierto, y comimos los mismos platos: croquetas de gambas. Le cayó una ceja en la mejilla y yo la cogí con la punta de mi índice mojado para ponérmela en la lengua y tragármela, cosa que le molestó. Bebimos un vino blanco del Jura. Me habló de los paseos que daba de niño por los bosques de los alrededores de Friburgo, de los almuerzos del domingo. Era el mayor de cuatro hermanos. Cuando por fin nació su hermana, tenía siete años y dijo: «Me casaré con mi hermana». «Todavía hoy», me dijo, «cuando me masturbo, sueño con que la abrazo».

Cuando salíamos, me molestaba que el viento, helado, al apartarme los cabellos de la frente, me dejara el rostro descubierto. No iba bastante abrigado, tenía frío. La habitación, muy alargada, con dos lavabos a cada lado y dos camas sencillas separadas por un tabique, no tenía buena calefacción, él no cerró la puerta. Se desvistió y la camiseta se elevó sobre una parcela de vientre un poco gruesa, sobre todo blanca. Yo me acosté en las sábanas, muy frías, y contuve la respiración, nos dimos las buenas noches desde cada lado del tabique, nuestras cabezas casi debían de tocarse, cada uno de nosotros era como el envés del otro, seguramente nuestros dos cuerpos estaban igual de rígidos e inmóviles, de repente fui presa del deseo imperioso de gozar con él, de frotar juntos nuestras pollas en mi palma, deseaba que se reuniera conmigo en mi cama y, sin decir nada, levantara las mantas para meterse, yo sabía que tendría los pies tan helados y húmedos como yo. Se levantó, le oí caminar, estaba desnudo en el

espacio sombrío y frío, desnudo ante mí, traía en la mano su cazadora de cuero, la dejó sobre mi cama para cubrirme los pies, dijo sólo: «Debes de tener frío», después se marchó y volvió a acostarse, acabamos conciliando el sueño, ¿cuál sería el primero? Por la mañana me despertó temprano.

Teníamos que bajar a la recepción a buscar una llave para la ducha. La mujer había exigido que pagáramos la habitación por adelantado, pues no llevábamos equipaje, sólo esas bolsas de colegiales. Esa vez estaba en la recepción un hombre, acabábamos de desayunar. Le pedí la llave de la ducha y de nuevo nos solicitó el pago por adelantado. Fue a buscar ante nuestros ojos dos toallas en un armario empotrado y, por la segunda vacilación que había dejado su mano en suspenso, vi perfectamente que había elegido a propósito las dos toallas más finas, más raídas, menos mullidas de la pila. Cogí las toallas y le dejé cruzar todo el vestíbulo de nuevo. Una vez que estuvo en la recepción, le devolví las toallas, al tiempo que le decía que quería otras, más espesas, en un tono que le obligó a obedecer. Volvió con una de las dos toallas cambiada y, para humillarme, me dijo: «Sois unas auténticas niñas, la verdad», y con tono muy tranquilo yo le dije: «Sí, somos unas niñas». No replicó y subimos la escalera. Yo le dejé voluntariamente la toalla más espesa y de nuevo, como en el caso de la ceja que me había tragado, esa atención para con su cuerpo pareció indisponerlo.

En la plaza estaba tocando una charanga y se había reunido gente, algunos tomaban fotos, nosotros los mirábamos con una sensación de extrañeza, de piedad. Teníamos que volver a tomar el tren. Él no había encontrado lo que

buscaba, de tienda en tienda, la misma pieza suelta, inencontrable, de un arma tal vez, de un tambor.

Tomamos un tranvía hasta la estación, sin saber adónde iba, y en los mismos asientos volvimos de donde veníamos. Lo llevé a tomar una de esas cervezas amargas con cereza en un café del que me habían hablado: La Mort Subite. Sentados codo a codo en la banqueta, la gente nos miraba, y allí, con mi deseo, le dije frases a las que no prestó atención.

En el tren de regreso, se inclinó hacia mí para besarme la mejilla. Nos separamos en el metro, en el andén lo vi desaparecer detrás del cristal iluminado, iba a reunirse con Marianne. No lo volví a ver.

Yo había vuelto vacío. El día siguiente descubrí la pereza, apenas tenía fuerzas para leer. En el teléfono advertí una voz que no era la suya y pensé sin la menor tristeza: está haciendo entrar en calor los pies de Marianne bajo su cazadora, está junto a ella. Pero el verano era inminente. Esa voz de muchacha con la que me veía confrontado parecía dormitar y yo imaginaba el apartamento de él, durante su ausencia, como un gran dormitorio. La muchacha me dijo: «No, aún no se ha marchado a Friburgo». Intenté hablar alemán, estuve a punto de renunciar a escribirle.

Las palabras que habíamos pronunciado juntos formaban una novela corta apócrifa y perfecta, deslavada, quemada, escrita con tinta simpática, enterrada e indesenterrable. Nada podía reconstruir esas palabras, eran como un tesoro varado y demasiado profundo, indetectable, intimidante.

Durante aquellos días, en aquel vacío, en aquel tiempo pasado sin hacer nada, sin escribir, sin

nada, yo creía que él me había robado el alma, pero se había convertido en mi inspiración…

(De seis a ocho meses habían pasado entre los dos textos, el primero abandonado, interrumpido, sin conexión. Le envié la carta con tres meses de retraso, esperando que por esa ausencia de relación no le hiciera gracia, le resultara molesta, como la ceja caída o la toalla demasiado mullida. Después encontré por azar el fragmento del texto ya escrito y volví a tener la misma sensación de aventura. Había que superar el olvido, había que remitirse a la memoria).

La visita

Se había marchado por la mañana temprano, había puesto a las seis su pequeño despertador de cuarzo electrónico que no sonaba, sino que dejaba oír en su sueño un pitido sordo, su sueño se había borrado al instante. Se había afeitado sin mirarse y se había cortado un poco. Ante el espejo, había bajado la cabeza y se había pasado la mano por los cabellos, para atusárselos, cada día que pasaba se encontraba más envejecido que la víspera y era una impresión que no carecía de voluptuosidad. En el momento de montar en el coche, le pareció que toda su sensación de existir se concentraba en ese charco en movimiento de café negro que inviscaba su estómago como la tinta descargada de un ventrículo de pulpo. Ya había amanecido, pero el día estaba aún macilento y su calle desierta.

Al salir de Francia, atravesó capas de brumas persistentes agujereadas por el intermitente brillo amarillo de los faros, altos abetos se perfilaban al borde de la carretera. Al pasar por un pueblo, se detuvo en un café y se preguntó si esa forma de elegir deliberadamente azucarillos ya cortados —podía imaginarlo— por dedos grasientos y sucios no sería una manifestación de su naturaleza viciosa. La mujer del café le dijo: «Pero, señor, lleva usted espuma de afeitar en las orejas», y,

efectivamente, él se quitó con la punta del dedo esa materia blanca que aún no había perdido su humedad. La mujer había sido muy perspicaz en cuanto a la naturaleza de la espuma.

Releyó en la carta de su abuela, que lo había invitado, convocado, pensó, a pasar dos días en aquel hotel moridero de Suiza, en aquella clínica disfrazada de palacio en la que veinte años antes había muerto su marido y a la que regresaba sola todos los años, durante los tres meses de verano. Cuando vio el gran edificio blanco al final de la alameda, en el centro de un bosque tupido, advirtió que era la hora de la cena: tras la cristalera curva del comedor, estaban tomando asiento siluetas tiesas enfundadas en chales. Sintió de repente un escalofrío al imaginarse en aquella asamblea, dio media vuelta y se fue a cenar solo a Pontarlier.

Se entraba en el hotel por la fachada trasera, atravesando una pasarela sobre un precipicio. La recepción se encontraba en el tercer piso. Dijo su nombre y la mujer elegante le dijo que lo habían esperado para cenar, que su abuela, cansada de aguardar en el salón entre los jugadores de *bridge* y un poco inquieta, había subido a su habitación. Le indicó uno de los dos ascensores, provisto de un espejo, en el que procuró no mirarse por miedo de parecer ridículo al mozo que subía su equipaje. Caminaba por el centro de un largo pasillo recto, bordeado a cada lado de puertas acolchadas con cuero negro, que le recordó al dédalo subterráneo de una inmensa bodega, ningún ruido podía traspasar aquellas puertas, la espesa moqueta y las alfombras superpuestas amortiguaban totalmente el ruido de los carritos transportados hasta el segundo ascensor, más profundo que el primero, y sin espejo, que descendía hasta el sótano, donde se

encontraban las cocinas, las despensas, las salas de masaje y las cámaras frigoríficas. El mozo había desaparecido al instante sin esperar una propina, en cuanto había abierto la puerta de su habitación, toda ella con mobiliario sueco blanco de 1930. Se dirigió a la habitación de su abuela, al fondo del pasillo. Aún no se había desvestido, había conservado, para esperarlo, el traje sastre azul marino y blanco que se había puesto para la cena. Estaba echada en la cama leyendo, con el libro sostenido por un atril de madera colocado sobre el pecho, oraciones escritas por niños enfermos. Le dijo: «Pobrecito mío», eso fue lo único que oyó de su comentario. Él le contó su viaje y, para explicar su gran tardanza en llegar, su ausencia en la cena, no olvidó retrasar la hora de su salida. Ella le leyó una de sus oraciones. Su blanco cabello echado hacia atrás, cuidadosamente peinado, su nuca, apoyada en un almohadón, se encontraban justo al lado de un timbre encima del cual estaba escrito: ENFERMERA. Cuando la besó, le pareció que eran sus propios labios los que, al hundirse en esa carne blanda de dulzón olor a polvo de arroz, resultaban una encarnación de la blandura, mientras que las mejillas de su abuela eran como una roca infalible.

Tuvo pesadillas, en las que aparecía la materia fecal, en las que las uñas se le soltaban de la punta de los dedos. Por la mañana, desayunaron cada uno en su habitación y se telefonearon para quedar. Él abrió de par en par la puerta que daba a un balcón circular, separado de las demás habitaciones sólo por un cristal esmerilado. Contempló el bosque que se extendía al pie del hotel y daba a un lago en el que los triángulos blancos de las velas se movían lentos y lejanos. Se inclinó, a su derecha, por encima de la balaustrada para mirar en la habitación contigua y al instante

se echó para atrás: había creído ver, de pie e inmóvil, mirando fijamente al lago, una silueta de mujer en bata cuya cabeza, envuelta en cintas blancas, sólo dejaba ver las ojeras, como claveles de terciopelo negro, y al instante volvió a cerrar la puerta vidriera del balcón.

El médico del hotel, que era asiático, pasaba todas las mañanas por la habitación de su abuela. Ella padecía asma e insomnio, decía que ya no dormía más de tres horas por noche. El resto del tiempo leía, rezaba. Había profundizado tanto en esa creencia, que ya no podía expresar, ni siquiera para sus adentros, la menor duda. Tenía ochenta y tres años. Para el paseo se puso un vestido sencillo, también azul marino, su color favorito, y se cubrió los hombros desnudos con un chal. Le dio el brazo. Lo llevó hasta la capillita en la que todos los sábados asistía a misa, y, algunas noches de entre semana, a vísperas. Desde 1949 acudía a aquel hotel todos los veranos y un mes en invierno, por Navidad. Había ido por primera vez con su marido, importante fabricante de papel. Una mañana del verano de 1956, se lo había encontrado muerto a su lado en la cama. Pero había vuelto, tan sólo había pedido otra habitación. La mayoría de los huéspedes se conocían de un año para otro y algunas noches se reunían para cenar. Pero ella se negaba siempre a hacer «mesa común». Iban a ese hotel para vivir, pero en él morían: además de las cocinas y las cámaras frigoríficas en las que se conservaba la carne, el sótano albergaba una piscina con olitas cálidas, un solario, un pequeño depósito de cadáveres. La planta baja estaba ocupada por el comedor, el salón y una sala más pequeña en la que jugaban a las cartas. Todos los jueves por la tarde se celebraba un té danzante, pero ella, mujer

discreta, no asistía.

Para bajar a cenar, ella cogió el ascensor más profundo, el que no tenía espejo, pero cuyo fondo se desplegaba para acoger un cuerpo en posición horizontal. Él le preguntó asombrado: «Pero ¿por qué coges este ascensor? ¡Es siniestro!», ella le respondió con tono impaciente: «Lo cojo siempre que voy con retraso». Él ya no era el único hombre joven de la asamblea, mientras que en el almuerzo la juventud le había parecido un privilegio: por la tarde había llegado un rey de África con sus cuatro guardaespaldas. También los camareros, con librea, eran hombres elegidos por su porte y su edad relativamente joven. Se tomaban la libertad de dirigir la palabra a la señora Hicks, antigua maniquí casada con un rico americano y que había enviudado rápidamente, huésped permanente desde hacía treinta años, pero ella fingía no oír y se volvía indignada, al tiempo que decía: «¿Han oído? ¡Se atreven a hablarme!». Un viejo inglés muy digno cruzó el comedor casi tambaleándose.

El día siguiente, su abuela le contó que la pasada Navidad había conseguido llevarse a la señora Hicks a la iglesia y la había obligado incluso a confesarse y la había visto salir del confesionario deshecha en lágrimas. Le trajeron un ramo de flores con una tarjeta que se apresuró a ocultar a su nieto, como para atraer aún más su atención: en la familia, había llegado a ser como una leyenda que esa anciana había conservado pasiones ardientes. Al tiempo que su libro de oraciones, leía una *Vida amorosa en la Edad Media*. Al despedirse de ella, la besó de nuevo, pero esa vez le pareció que los que eran de una dureza despiadada y casi lastimaban aquella carne dulzona y arrugada, al juntarse a ella, eran los labios de él.

Fin de otoño

Aquí los acontecimientos son de esta clase: como todos los miércoles, el panadero, cuando estaba haciendo el bizcocho borracho, ha acabado ebrio, achispado por los vapores del alcohol, al derramar el vino tinto sobre la enorme bola de masa mezclada con piñones y pasas. En Rio Marina han pescado un pez espada de varios metros, los hombres lo han cansado primero cercándolo con sus barcas, cada vez más cerca, y después empujándolo hasta la costa para que quedara varado; entonces los remeros, regocijados por su agonía, han formado en torno a él una turba ruidosa y excitada; el extranjero que pasaba por allí, al contemplar desde lo alto del paseo el círculo negro y agitado, ha pensado primero en que alguien se había ahogado y después se ha acercado; hacían falta dos hombres para sostener el animal y aún forcejeaba; el extranjero se ha identificado con su sufrimiento y ha buscado en sus ojos la señal, la prueba, de ese sufrimiento, como si con su mirada se pudiera aliviarlo un poco, pero sólo ha visto en ellos dos grandes círculos opacos y concéntricos, como dos piedras plateadas, que nada le decían de lo que de ellos esperaba; entonces la muchedumbre se ha llevado, con gran esfuerzo, el pez espada en procesión por

el pueblo, con su enorme tajamar como un mascarón de proa dentado.

Por la noche, el extranjero estaba en el café, situado en la plaza del pueblo, y bebía ese licor raro y puro, totalmente negro, del *espresso* italiano; ha entrado un hombre en el café y ha dicho: «Hay un incendio en el camino del cementerio, ¿quién viene a ayudarme?», el café ha quedado vacío tras él. El extranjero ha salido y desde lo alto del pretil ha contemplado, con una como inercia apática y fascinada, las llamas que formaban un círculo en la noche, y ha permanecido de pie hasta que se han extinguido… Según los campesinos de aquí, hay hombres que provocan incendios a propósito, que cobran por hacerlo, para desvalorizar la isla. Otros creen que el fuego brota solo, que es el sol el que calienta ciertos minerales hasta la exasperación.

El pueblo está encaramado en lo alto, algunos lo consideran austero, con sus callejuelas estrechas y escarpadas, sus casas grises y húmedas. La plaza del pueblo, cruzada por los coches que van de Cavo a Porto Azzuro, está guardada simétricamente por dos cafés: el café-estanco de los comunistas y el International Bar de los demócratas cristianos. Por la mañana, el sol, al salir, baña a los comunistas y, por la noche, al ponerse, mira a los demócratas cristianos entre dos altas montañas negras en las que parece haber calvarios plantados. Sólo los niños, cuya inocencia se da por sentada, tienen derecho a pasar de un café al otro; el adulto que pasara, indiferente, de uno a otro sería considerado un traidor. Los viejos juegan a las cartas, las mujeres se dirigen susurrando a la iglesia. Ellos beben un vino blanco amargo, ellas se refugian, en la sombría humedad del incienso, bajo la protección de sus santos de

yeso coloreado. Esperan a los hombres en casa confeccionando inútiles visillos de encaje. Los muchachos se aferran a sus detonantes vespas, las chicas en cohortes contoneantes fingen no verlos pasar. La iglesia es el reino de las mujeres; el café, el de los hombres. La vida se detiene a las once de la noche, la placita se queda totalmente a obscuras, el auricular luminoso de las dos cabinas telefónicas, siempre vacías, se apaga al mismo tiempo que la esfera del reloj. El hijo del carnicero, único perjuro, está solo todas las noches en uno de los dos cafés: tomando tristemente un helado en una copita. Dicen que antes de su matrimonio era un muchacho muy alegre; se le veía siempre con su novia, muchacha muy guapa, pero, ahora que está casado, pasa todas las noches con los viejos del pueblo y ya no se ve nunca a su mujer, salvo por la mañana en la panadería. El extranjero, al no poder conciliar el sueño, porque el hálito de su respiración llena el cuarto y lo agobia, se ha levantado de la cama, se ha vuelto a vestir y después ha estado caminando largo rato por las calles, oyendo por las ventanas la diversidad de las respiraciones, los ronquidos de los hombres y las mujeres, los residuos de la embriaguez y la oración…

Aquí nadie me conoce y yo no conozco a nadie y poco importa cómo me vea la gente: como un turista, un simplón o un despistado. He tomado trenes y después un *aliscafo*, barco que se desliza por el agua, he montado en un autocar, me ha llamado la atención ese nombre desconocido, Rio Elba, y me he apeado al final del trayecto. Llevo poco equipaje, una bolsa de plástico con mis utensilios de aseo, un poco de ropa de muda, un libro, este cuaderno y esta estilográfica. No tengo misal ni peine ni aparato de radio. No sé la lengua,

pero he hablado con la gente, una puerta se ha abierto, me alojo en un cuartito de la planta baja, un cristo de marfil vela mi sueño, me alimento de higos que enrollo en lonchas de jamón crudo, aquí los higos no cuestan nada. Cuando me dispongo a comer, las niñas del pueblo se apiñan ante mi ventana para mirarme, han pasado notas por debajo de la puerta, pero no comprendo —ya lo he dicho— esta lengua, les he sonreído. Soy un muchacho solo y los chicos del pueblo me miran con extrañeza, a veces les oigo decir «*pederasto*» cuando paso, pero en su voz no hay inflexión alguna de linchamiento, y me vuelvo y les sonrío también, como si me hubieran dicho «buenos días».

La gata está cansada de que sus cinco crías quieran seguir sacándole la leche, ya no le queda nada, durante el verano las han alimentado los turistas, pero ahora se han marchado y lo único que les han enseñado es el «mono». La negra ropa interior del cura está colgada a secar en el patio de la iglesia, el cura ha entregado al carpintero un cristo de madera hallado entre los escombros bajo el púlpito, un cristo muy hermoso del siglo XVII, de colores delicados, casi desvaídos, y el carpintero le ha vuelto a pintar el taparrabos con una laca de un verde muy vivo, pero no se le puede reprochar nada, el carpintero es un hombre muy simpático. Ha llegado el otoño y pronto va a empezar la búsqueda de setas entre la maleza del bosque y habrá que seleccionarlas bien para que nadie muera envenenado con ellas. Los niños han vuelto a la escuela y los músicos de la banda han guardado sus trompetas en espera de los bailes del verano próximo, los empleados municipales han desmontado ya el estrado.

El Estado italiano ha decidido cerrar las

canteras de mármol y las minas de acero, los trabajadores habrán de abandonar la isla, se les ofrecen puestos substitutorios en comarcas del sur y los que los rechacen no recibirán indemnización alguna. En el café-estanco de los comunistas están organizándose. Las casas de los mineros serán compradas por los ricos turistas alemanes, arquitectos, periodistas, tenores. El municipio ha decidido construir una nueva carretera para desviar la circulación del pueblo, varias casas están amenazadas y, en el bar internacional de los demócratas cristianos, los propietarios están firmando peticiones.

Esta tarde he ido a sentarme en el banco de la plaza del pueblo, con la espalda contra la pared, a esperar que el sol se pusiera entre los dos calvarios, detrás de las montañas negras. Seguía bajo los dedos las líneas de la madera. Los niños jugaban haciendo restallar los bejucos de plástico amarillo que cierran la entrada de la tienda de ultramarinos. Una mosca ha venido a posárseme en el brazo y de repente he dejado de intentar cazarla, me he dicho: tal vez esa mosca quiera ser mi amiga, después me he dicho: hay que tener cuidado con la beatitud. He permanecido sentado en este banco como los viejos del pueblo en espera de que pase la vida, como los minerales en espera de que el sol los inflame. Me ha parecido que en este pueblo estaba al abrigo de toda violencia, al abrigo de la Historia. La guerra podría perfectamente estallar fuera de la isla y no me enteraría. Los periódicos y el correo tardan más de una semana en llegar y las noticias llegan atenuadas, disminuidas, rebotan, lejanas y de repente absurdas. Sobre la imagen de esta plaza delimitada por las sombras de los tejados, sobre la mancha global de la luz, ha venido a

superponerse, en negativo, la imagen de la explosión de la estación de Bolonia, que se ha disipado al instante.

La guerra ha llegado a la isla a través de la pantalla de un juego electrónico en el que unos cohetes desintegran marcianos invasores, pero las canciones del *juke-box* ahogan el ruido de las deflagraciones. De la espera de la puesta de sol, en este banco, me ha parecido sacar una enseñanza de la vida: simplemente la espera familiar de la muerte, mientras que en las ciudades se lucha con barbarie contra ella.

El gran autobús azul de Portoferraio se ha detenido en la plaza y de él se ha apeado un joven con una bolsa de plástico, un extranjero. Mañana tomaré el barco para Nápoles. Parece ser que en la ópera napolitana el pueblo canta al mismo tiempo que los cantantes. Quiero oír eso.

Una noche

El joven lleva al mayor a una habitación. Es de noche. En seguida el joven enciende la lámpara con una luz muy intensa como para protegerse con ella. Al instante, el joven dice al mayor: «Te marchas a las cuatro de la mañana». Se desnudan. Se tumban en la cama. Y entonces el joven, a la intensa luz, ve bajo la piel del mayor toda una red de venillas rosáceas que le repugna un poco, observa su vientre, que es ya un poco grueso, y su erección, del mismo carmín vislumbrado bajo la piel del rostro. Él no está empalmado y esa erección también le asquea un poco, pero es un asco muy leve, casi indiferente. Entonces el joven, que se dejaba acariciar, se echa de repente sobre el mayor y repite: «Te marchas a las cuatro de la mañana». El joven tiene gestos de una gran ternura, de un gran afecto, y dirige su azul mirada, la ternísima mecha de sus cabellos, hacia el mayor, que replica, considera oportuno replicar: «No, no me marcho, me quedo». El mayor protesta. Ruedan juntos hacia un lado y hacia el otro y de pronto el mayor se mete en la boca el sexo del joven. Entonces el joven se estira, sonríe con una sonrisa muy amplia bajo la luz, aún muy intensa, y lanza gemidos de animal muy joven. El mayor quiere apagar esa luz, que da a cada

partícula de piel una apariencia de carne, de carne comestible, lo ve claramente en él. El mayor se sacia con la dulzura de los hombros del joven, esa carne no tiene la menor apariencia de carne comestible, sino de un fruto o un tejido muy suave, de un *moiré*. El joven se niega a apagar la lámpara, teme encontrarse en la obscuridad con ese hombre, quiere verlo con nitidez, y que nada pueda quedar oculto, ni siquiera en plena voluptuosidad, que le ha procurado esa boca, ha cerrado una sola vez los párpados. Se quedan así tres horas uno junto al otro, o uno sobre el otro, rodando juntos sobre la sábana, besándose, y el mayor quisiera que ese instante no tuviese nunca fin. Pero, brusca, precisamente, el joven quiere que ese instante tenga un fin muy próximo, se levanta y su rostro cobra cierta dureza, la luz ha seguido encendida y ya la debilita el amanecer del verano, dice: «Yo voy a dormir en el suelo, tú quédate en la cama». Una vez más el mayor protesta y quiere reunirse con él en el suelo, pero la mirada del joven se vuelve aviesa y el mayor vuelve a la cama y se queda dormido. A las ocho de la mañana, el joven zarandea al mayor y le dice: «Son las ocho, déjame la cama y vete». El mayor quiere reanudar, torpe, la ternura y el más joven se lo impide. Se despiden sin siquiera saber sus nombres.

Durante ese tiempo, a distancia, en otra habitación, yo, que deseaba al joven, a quien me ha robado el mayor, y, como el mayor, deseaba cualquier clase de relación con el joven, no logro conciliar el sueño. Me he extendido por la base del cabello el líquido de esta ampolla que acabo de romper en la obscuridad, por miedo a los mosquitos, y sueño con que el cabello me brota en la frente, en las palmas de las manos, que han

recibido ese líquido, siento una suave sensación de ardor en el cuero cabelludo. Isabelle se ha reunido con T. en mi sueño. De pronto me despierta un estrépito espantoso y siento miedo, a solas en esa habitación, al fondo del pasillo. Un hombre cuya lengua no entiendo ha entrado con una mujer en la habitación contigua, detrás del fino tabique que los separa de mi cabeza, y grita, rompe muebles, y yo temo que sospeche mi presencia, no me atrevo siquiera a darme la vuelta en la cama, como un testigo avergonzado. Tal vez ese hombre se convierta de un instante a otro en un asesino. Por último, se queda —o me quedo yo— dormido, y la escena se reanuda por la mañana, en esa lengua incomprensible, y el hombre y la mujer abandonan el cuarto. Entonces oigo la voz de las señoras de la limpieza, que descubren la habitación abierta, con los muebles patas arriba y las sábanas manchadas, y una de ellas dice: «Simone, ven a ver esta leonera»… No ser el cuerpo del extraño que ha estado a punto de cometer un asesinato, ni tampoco el cuerpo del mayor, rechazado incluso por el joven, sino el cuerpo que siente en el cuero cabelludo una suave sensación de ardor en su soledad para que su cabello de otro tiempo reaparezca, de nuevo fogoso: esa idea suscitaba un abatimiento casi feliz.

El deseo de imitación

Tomé el tren en la estación de L. el viernes 26 de diciembre de 19**, a las dieciocho cincuenta, con destino a R., como atestigua un billete estampillado que olvidé por mucho tiempo en un bolsillo. Sólo me había llevado, en aquella maleta de cocodrilo de color *gold* que aún conservaba y había comprado con mi primera paga, una bolsa de aseo y alguna ropa de muda, de regalo un álbum virgen de fotografías, con hojas de grueso papel negro. No me había llevado el diario, por miedo a que ella lo leyera, lo abriese, en todo caso, y quizá me lo robara, tal vez sólo lo emborronase, me conocía yo bien las frases que habrían podido irritarla.

En el vagón-restaurante, un hombre me pidió fuego y conservó imperceptiblemente, un segundo más de lo necesario, o incluso menos, sus dedos rozándome la mano: era de origen calabrés y un año mayor que yo y tenía pómulos altos y cabeza rapada, voz de un timbre grave, piel de poros dilatados, casi granizada, como apretada cien veces para sacarle pus. Se llamaba F. y, cuando le pregunté qué significaba ese nombre, pensé en la lava, en el fuego que derraman los volcanes. Me propuso ir a alojarme en su hotel, propuesta a todas luces indecente, pues él reunía todos los

requisitos para ser un bandido, y por la mañana, en el andén, al bajar del vagón, no lo esperé.

El chófer me esperaba, impasible y vestido enteramente de gris, ya entrado en años, con una elegancia un poco zafia: llevaba en la mano una foto de su ama. Sin decir palabra, quiso coger la maleta y me condujo hasta el Mercedes plateado. Hacía diez años que habían vendido el Rolls. Me preguntó si quería ir sentado detrás o delante y monté delante. Aunque él fuera como un lacayo, me sentía lamentable a su lado, y vi desfilar bajo el sol un paisaje frío que pasaba abruptamente de los vestigios antiguos a la construcción industrial, inhabitual para R., o, mejor dicho, inhabitual para la visión que yo tenía de R.

El movimiento del coche me recordó brevemente al movimiento del tren. Estaba solo entonces y había empezado a leer uno de los dos libros que mis padres me habían regalado por mi cumpleaños: *Rojo y negro* de Stendhal y *El adolescente* de Dostoyevski. Tomé el prefacio de *Rojo y negro*, que no había leído nunca. El autor explicaba que Stendhal se había inspirado en un suceso real y apenas lo había modificado en su desarrollo: un joven dispara en una iglesia a una mujer que ha sido su amante; según el autor del prefacio, Stendhal se había contentado con desarrollar los sentimientos que podían conducir a la evidencia de ese asesinato y, a medida que yo leía esas líneas, se desdoblaba otra evidencia: el objeto de mi viaje a R. era matar a esa mujer que me había convocado, yo no lo había pensado antes, no era, a decir verdad, un objetivo siquiera, sino una evidencia, algo que, a partir de ese instante, yo ya no podría evitar. Pero el encuentro con el muchacho, la comida, el estruendo permanente del tren, el incómodo y helado

duermevela me disuadieron de esa idea. A mi llegada, la había olvidado incluso. Intenté decir algunas palabras al chófer. Contrariamente a su costumbre, su ama se había levantado a las nueve para preparar mi llegada y había un desayuno esperándome.

El trayecto de la estación a la casa me pareció extraordinariamente largo y después tuve la sensación de que el chófer lo había alargado a propósito y lo había complicado con numerosos segmentos, cruces y alamedas siniestras para desestabilizar mi idea de las distancias y obnubilar todos mis proyectos de salir de la casa. Esta aparecía, así, lejana y aislada, punto de llegada de un tortuoso laberinto que me resultaría difícil de seguir, en adelante, en sentido contrario. Por lo demás, el chófer se proponía ya ir a buscarme todas las mañanas el periódico a la estación y habría parecido ridículo querer acompañarlo. Al parecer, no había ningún autobús hasta aquel distrito. Detuvo el coche delante de un gran portal pintado de verde. La mujer se encontraba en el sótano de la casa, ocupada en un trabajo inefable: tenía puestas unas gafas finas y, cuando me vio, se las quitó, se levantó bruscamente y al instante cubrió su labor.

Yo había puesto como condición, para ir a verla, la de poder escoger la habitación en que dormiría: quería que estuviera bastante alejada de la suya y la imaginaba muy sencilla, pequeña, toda de blanco, sólo con una cama y una mesa, como un cuarto de sirviente. Tras tomarme del brazo, me condujo por la casa para enseñarme las habitaciones. Había unas treinta, ninguna de las del segundo piso tenía calefacción, seguramente no las habían habitado nunca y había en ellas una mezcolanza de tapices y cuadritos feos. Incluso el

gran salón ofrecía una mezcla increíble, de estilo español y chino, barroco y clásico, con sus arañas venecianas, sus paisajes románticos, sus aparadores nacarados de la época Ming, pues la mujer había mandado comprar, a lo largo de su carrera, todo lo más caro, sin distinción. Su alcoba se encontraba en el primer piso: todos los pasillos, bordeados de armarios empotrados, encerraban todos los vestidos de sus películas y sus veladas, que había conservado; un vestíbulo, con alfombras espesas y armarios empotrados, también secretos, albergaba también su tocador, en una oquedad, y como un diván bajo destinado a los servicios del masajista y del pedicuro, que se relevaban. En la propia alcoba, la cama estaba cubierta de percal blanco, sobre ella había un cristo de madera torturado, pero lo que atraía la mirada eran tres pieles de tigres con las rojas bocas abiertas, estaban dispuestas a uno y otro lado de la cama, en escuadra, y las tres fieras se miraban y mantenían imposibles conversaciones (nostalgia de la jungla). La cama, que parecía perpetuamente nupcial, era, en realidad, una cama virgen, pues el marido la había abandonado hacía casi veinte años y la mujer no se había atrevido jamás a llevar a ella a otros hombres por temor de sus criados.

Yo seguía sin decidirme por una habitación, me parecían todas a cual más lúgubre. Por último, me llevó al sótano de la casa, más allá de su laboratorio y su cámara frigorífica, a un pequeño apartamento secreto. Era la antigua bodega, que unos años antes había desmontado con la ayuda del hijo de su ama de llaves, expulsando las ratas y exhumando restos humanos, huesos, fragmentos de escudos, cascos de jarrones que había mandado montar sobre varillas para sus vitrinas. Para entrar había que inclinarse ligeramente bajo una serie de

cortinas de perlas y puertas bajas y estrechas. Al final, se llegaba a una lujuria de dorados, pedrerías, espejos biselados que reflejaban elefantes, diosas de mil brazos, marfiles enteros, budas enormes y lascivos. Esa alcoba, que ella llamaba cuarto de la oración, era, en realidad, su alcoba para el amor, raras veces usada, los hombres a los que allí llevaba debían escapar al amanecer, antes de que apareciese el jardinero. En ella quemaba perfumes de Oriente. Un tragaluz, cerrado por barrotes, era la única salida; un regulador de la luz irisaba todos los objetos y hacía crepitar falsas llamas. Esa habitación era la que me tenía destinada y esa fue también la que creí elegir.

Me encontré solo. Como estaba un poco sudoroso del viaje, quise darme una ducha. Abrí un armario empotrado: encontré en él algunos vestidos, perdidos o colocados allí a propósito, vestidos-tubo escarlatas, transparencias pectorales o volantes españoles de lamé negro, lo volví a cerrar rápidamente, no sin haber hecho zumbar los tejidos con un toque de la mano. El cuarto de baño estaba también tapizado de espejos, pero lo más asombroso era la bañera, transparente y excavada como un pozo, un jarrón, cercado por morenas que serpenteaban solapadamente en el acuario, que se adaptaba a la forma de la bañera. Los espejos que reflejaban mi cuerpo hasta el infinito y me revelaban perfiles monstruosos se volvían un camino demasiado evidente para el suicidio: apagué la luz. Sólo quedaba la luz verde y translúcida del acuario, me deslicé tiritando en un agua demasiado caliente, entre esas serpientes de mar que no me parecían separadas por ninguna pared y que de repente, con sus reptaciones negras, enseñando a veces sus minúsculos

colmillos blancos, como alfileres de marfil, entre sus aplastados hocicos, me enlazaron las piernas, hicieron en mi cuello collares terroríficos con los pálidos reflejos del vidrio. Pero las morenas estaban ahítas: el chófer, encargado del acuario, les había dado esa misma mañana varios de esos peces rojos vivos que esperaban su hora en un tarro distinto y que de momento hormigueaban bajo mis pies.

Me llamó la atención sobre todo un pez rojo, pero más imponente que las víctimas, bastante plano, de costados estriados con una fina franja plateada, que se mantenía siempre en el mismo sitio, flotando en un volumen preciso, en lo alto y a la derecha del acuario, sin que nada pudiese desalojarlo: la inercia de ese pez era fascinante, decidí verificarla en varias ocasiones. Desviaba la cara para darle tiempo de largarse, pero, cuando de nuevo dirigía los ojos hacia el acuario, el pez seguía en su sitio, sin que pudiese distinguirse en qué sentido era un lugar más selecto que el torbellino de oxígeno que se elevaba en una columna de burbujas, las piedras relucientes o las algas artificiales…

La mujer me llevó a dar una vuelta por el jardín. Para salir, se había puesto sobre su vestido ligero un largo abrigo de piel de leopardo que había fingido coger al azar de uno de sus roperos. Me llevó a la pista de tenis, regalo de un productor, ahora empapada, invadida por la vegetación y de un bistre desvaído. La hice subir a la tribuna, absurdamente, en la pista desierta, para tomarle una foto, siempre llevaba conmigo el aparatito en el bolsillo. Dentro del recinto vallado y orlado por la hiedra, los tres perros, pastores alemanes, dos machos y una hembra, ladraron al verme. A través de la reja, mientras les hablaba,

les alargó los dedos, que olfateaban con gusto y cuyo empolvado sabor conocían bien. Había que hablarles con un código, y en alemán, pues los había amaestrado la policía alemana. Entonces se oía la voz de esa mujer decir a sus perros, en tono brusco: «*Sitz! Platz! Auf!*», y los perros se sentaban, se levantaban, se echaban. Eran las únicas palabras de alemán que ella conocía, junto con las de un poema de Goethe que había aprendido en la escuela y que aún recitaba, mecánicamente, sin comprender su sentido.

Me llevó a la caseta del jardinero, que había mandado acondicionar para su hijo y el de su ama de llaves. La puerta estaba abierta. Estaba su hijo estudiando. Me estrechó la mano, con cierta frialdad, pero con simpatía. Ya nos habíamos visto en París, de los dos muchachos era el que más me quería, pues el otro sólo veía en mí a un intrigante, un gigoló y, todo hay que decirlo, un rival. Pidió a su hijo que nos ofreciera una bebida, sólo había whisky.

Cuando volvimos a la casa, el ama de llaves nos esperaba con el correo, que ya había seleccionado. Sólo le dio a leer el telegrama de un presentador de la televisión americana, que la felicitaba. El hijo del ama de llaves se disponía a marcharse a esquiar con unos amigos. Me saludó como yo me esperaba, de forma completamente glacial, y montó en el coche deportivo que le había comprado su madre, con esquíes sobre el techo.

Volvimos a encontrarnos solos. Ella se quejó de la mala educación de esos jóvenes. Ni siquiera le habían dado las gracias, aunque les prestaba su casa de Suiza, sin conocerlos siquiera. Nos instalamos en el comedor, cuya mesa estaba ya puesta. Y reapareció el chófer, con librea blanca,

un poco sucia, mal abrochada. Alargó unos tallarines fríos con salsa de tomate en una magnífica fuente de plata. El almuerzo fue muy mediocre, la única señal de refinamiento, vestigio seguramente de costumbres antiguas, era la de colocar en el canastillo de fruta nueces a medio cascar, cuyo fruto se podía sacar fácilmente.

Después del almuerzo, expresé mi deseo de descansar un poco y ella, por su parte, continuó su labor. Intenté escribir, sin gran éxito, no me gustaban aquellas mesas con espejo, todos aquellos reflejos me asustaban. Saqué *Rojo y negro* y volvió a saltarme a la vista la historia del asesinato, cerré el libro. Fui al cuarto de baño a ver si el pez inmóvil seguía en el mismo lugar: no me había equivocado. Decidí expresar el día siguiente mi deseo de salir. Pensé en F., el muchacho que había conocido en el tren. Lamentaba no haber anotado su dirección.

Por la noche, cenamos pronto y aprisa: en el salón estaba ya bajando del techo una pantalla blanca. Como por lo general se ocupaba de las proyecciones el hijo del ama de llaves, había pedido a dos proyeccionistas que vinieran a prestar sus servicios. Fuimos juntos al sótano de la casa y ella abrió el gran refrigerador en el que guardaba los rollos de sus películas. Me hizo elegir dos: *Noches de China* y *El gran Saba*. Después cogió un manojo de llaves y se puso un abrigo para ir a la cabina de proyección, que estaba instalada en el jardín y daba al salón gracias a una ventanita corredera en el fondo de una vitrina. Hacía meses que no habían abierto la cabina, desde que se la habían enseñado al visitante anterior. Unas ratas, que yacían al pie del aparato, habían intentado roer los hilos del proyector, se habían comido los granos rojos esparcidos por el suelo de madera y la

sangre se les había coagulado en las venas. Hubo que volver a ponerlo en marcha: el motor resoplaba, la lámpara tosiqueaba.

El ama de llaves se había ido ya de la casa, tras dejar en el salón una botella de champán, un bollo y turrón negro. En la pantalla reapareció su imagen de juventud temblequeando; su voz, tantas veces repetida, iba perdiendo brillo: era reina de Oriente, llevada en un carro por esclavos desnudos, hacía restallar su látigo, me tomó la mano. Los dos proyeccionistas se habían quedado en la cabina y miraban la escena, mientras comían salchichón.

Se habían mezclado los rollos: el fin vino después del primer rollo, ella murió y resucitó, las pasiones se invirtieron, abrazaba a hombres a los que aún no había conocido y el odio precedía a la pasión. Ella me traducía las voces, superponiendo la voz actual a la de entonces, y, como con frecuencia eran palabras de amor, parecía que utilizaba la imagen y la historia para decírmelas a mí.

Me acompañó a mi alcoba y ella misma retiró la piel que hacía de colcha, quitó los cojines, dejó al descubierto las sábanas de seda blanca. Después yo la rechacé. Me ofreció sus labios, que una vez más besé sin separarlos. Dormí de un tirón, con sueño profundo, sin oír siquiera los perros. Me despertó su voz. Ya era mediodía. También ella acababa de despertarse: su ama de llaves iba a llegar con el desayuno, inmediatamente después me la enviaría.

El ama de llaves dejó la bandeja encima del acuario y entró en el cuarto. A petición de su ama, me observó atenta: yo estaba sentado en la cama, en calzoncillos y con *tee-shirt*, y no me había peinado. Trajo un café absolutamente negro,

asesino, que hube de rebajar con agua caliente en el grifo del cuarto de baño. Cuando volvió a la alcoba de su ama, a quien sólo ella podía ver salir de la cama, sin peluca, sin maquillaje, le dijo: «Pero ¡si tiene un aspecto de lo más normal! Estaba sentado en la cama, en calzoncillos y con *tee-shirt*, se lo aseguro, le he observado bien, no está nada mal formado». Ella me lo repitió a mí.

Por la mañana, después de levantarme y desayunar, me duchaba y me iba al jardín con mi libro; me cercioraba de que los perros estaban bien atados: ya no me ladraban cuando me veían pasar. Pero no dejaban de ladrar en toda la noche: en cuanto los soltaban de su recinto, se ponían a ladrar, sin cesar, hasta la mañana, no me dejaban dormir, me desasosegaban en la cama. Los escasos sueños eran pesadillas. Me reponía con el sol de la mañana, con los ojos levantados del libro, entornados y dirigidos hacia esa viva luz de invierno. Pasaba el jardinero con su escalera de mano y sus podaderas y me hacía una seña desde lejos. Yo la esperaba a ella, no podía verla nunca antes de la hora del almuerzo, no estaba visible. A veces miraba hacia su ventana, oculta por el visillo, y me la imaginaba mirándome. Me la imaginaba en su bañera en forma de concha, con el cráneo medio calvo, luego maquillándose durante un largo rato, con vendas blancas en torno al rostro, y después poniéndose la peluca. Cuando yo entraba en su alcoba, todos los utensilios habían desaparecido, me quedaba mirando fijamente los cajones cerrados. «Ya no es maquillaje», decía ella, «es restauración». Acababa de asfixiarse el busto ciñéndoselo con un vestido de volantes españoles demasiado estrecho.

Me abrió su armario secreto, el que contenía el motor de la sirena de alarma, el cuadro de

mandos, con numerosos botones, para encender el circuito de vigilancia magnética. En él ocultaba fotos íntimas, sus joyas, sus cartas de amor, guardaba incluso las cintas magnéticas de las conversaciones telefónicas que había tenido con sus amantes. Nunca había posado desnuda, para ninguna revista, le habían ofrecido millones de dólares, y nunca había aparecido desnuda en el cine, siempre lo hacía una doble. Para las escenas en que aparecía ligera de ropa, en virtud de una cláusula especial del contrato, tras la toalla de baño que ocultaba deliciosamente su cuerpo, rellenaba toda su piel, sus senos y su vientre con grandes trozos de esparadrapo de color carne para que la cámara, en caso de que intentase transgredir, al sesgo, el límite fijado por la toalla, resultara burlada. Conque no existía ninguna foto de ella absolutamente desnuda, salvo dos Polaroid, en color, que había tomado ella misma delante de la puerta barnizada de su armario ropero. Las guardaba en un sobre cerrado, cuya abertura estaba lacrada con sus iniciales, arrancó el lacre y me mostró las fotos, que yo era el primero en ver y me revelaba como un tesoro. Las miré con expresión bastante indiferente y ella me pellizcó.

Después del almuerzo, declaré que iba a salir, ella palideció y después dijo: «Voy contigo». Yo dije: «No, tengo ganas de estar solo un poco». Ella dijo: «Muy bien, el chófer te acompañará». Tenía el rostro descompuesto. Yo no podía poner el pretexto de que iba a comprar el periódico, podía traerlo el chófer perfectamente. Acepté que me acompañara el chófer hasta la estación, pero le dejé volver solo, al regreso tomaría un autobús. Me paseé un poco: faltaban dos días para Noche Vieja y las calles estaban llenas de gente. La ciudad me cansó muy pronto. Quise volver. Ya

había caído la noche. Un autobús me dejó en una curva junto a la carretera de la casa, pero a varios kilómetros. No había luz alguna que iluminara la carretera, me cegaban los faros de los coches que pasaban en tromba rozándome, otros frenaban, hipócritas, a mi altura, los perros ladraban tras las verjas de los jardines, caí en hoyos de desnivel y me entró miedo. Por fin apareció la casa, llamé al interfono, se oyó la voz del ama de llaves, por un instante pensé que ya no volvería a abrirse aquella puerta para mí. Me habían castigado por mi deseo de huida. Crucé el jardín en la obscuridad, transido, hacía mucho que no ardía el fuego de las páteras alineadas simétricamente a cada lado de las alamedas.

Era la última noche en que los hombres de la ciudad venían a proyectar las películas, la noche siguiente se quedarían junto a sus mujeres para preparar la cena de Noche Vieja. Quise ver *Las noches de Bagdad*, continuación de *Las noches de China*, y *El circo rojo*, en la que ella interpretaba el papel de una funámbula amada por dos domadores rivales. Recordé que había gustado a mi padre, cuando era joven: de niño, me había hablado con frecuencia de ella como de la mujer más bella del mundo. El ama de llaves había preparado una nueva botella de champán, tuvimos que acabarnos el bollo comenzado la víspera, que se había quedado un poco duro, así como el turrón de chocolate. Volvió a traducirme los diálogos y le pedí, con cierta brusquedad, que se callara. De momento no podía oír más su voz. No podía soportar más que se desdoblara, aún viva, de la voz un poco cascada y embalsamada por la película.

Aquella noche, mientras dormía, me despertó una puerta que chirriaba un poco, seguida de un

ruido de pasos sigilosos. No me moví y contuve la respiración. Pensé en ella y después en su hijo, pero este no podía ser. Una respiración extraña se acercaba despacio a mi cuerpo. Me abstuve de encender la luz y fingí seguir durmiendo. De repente, alguien se sentó en mi cama y después noté el soplo de un aliento que se inclinaba sobre mí y, por último, unos labios que se acercaban a mi cuello. Entonces esos labios me mordieron violentamente, como para chuparme la sangre. Di un alarido, al tiempo que encendía la luz. En el almuerzo, reñimos. Ella calificaba a Pasolini de pornógrafo y se declaraba a favor de la pena de muerte, yo la insulté, pero nuestras palabras eran un simple pretexto.

Por la noche, como los proyeccionistas no iban a venir, quise llevarla a la ciudad. Se resistió. Hacía meses que no había salido. Al ama de llaves no le hacía gracia, pues debía ser ella quien guardara la casa. Insistí, de repente una alegría intensa la hizo ceder. Recuperó el guión que había mandado escribir diez años antes y con el que quería hacer su reaparición, llamó a un amigo productor. Precisamente él daba una fiesta aquella noche, todo el mundo se alegraría de verla. Yo quise cenar primero a solas con ella, antes de ir a aquella casa. Tardó mucho en prepararse. El chófer había aparcado el Mercedes ante la puerta de la casa y esperaba sentado en el coche, que zumbaba. El hijo estaba a mi lado. Por fin salió de su habitación y empezó a bajar la gran escalinata de madera con un sari de oro resplandeciente. El hijo me susurró: «Esta casa está fuera del mundo, fuera de toda realidad… parece enteramente aquella película…». No se atrevía a pronunciar el título. Le dije: «¿*Sunset Boulevard*?». «Sí, esa…». Ella montó en el coche a mi lado y el hijo cerró de

un portazo.

En el coche le expresé mi deseo de fotografiarla, a la vuelta, ante la pantalla blanca del salón y bajo el haz de luz del proyector. Yo me imaginaba una secuencia: primero, ella tenía delante una toalla blanca, para ocultar su cuerpo desnudo, como en aquella película que había causado escándalo; después la toalla, tirada por cuerdas, salía volando y dejaba al descubierto su cuerpo, sus senos y su vientre, cubiertos con esparadrapo; su peluca salía volando, a su vez, y dejaba al descubierto su cráneo cercado por vendas blancas; entonces aparecía yo, precedido de mi sombra en la pantalla que se separaba del aparato, llevaba su peluca, que acababa de salir volando, y también uno de sus vestidos. Cuando me había situado delante de la pantalla, su cuerpo se esfumaba lentamente como en un ácido. Ella no vislumbró el simbolismo del asesinato, yo tampoco: por lo demás, sólo me dijo: «Pero tú no eres mi amante, haré esas fotos cuando seas mi amante».

El restaurante al que quería llevarla estaba cerrado por las fiestas, me llevó ella a un restaurante de actores, no lejos de la estación. Pero temía a los fotógrafos: en cuanto llegaba a un restaurante, los propietarios llamaban a un periódico para hacerse propaganda. «Al fin y al cabo», dijo, «me trae sin cuidado que te vean conmigo; al fin y al cabo, te quiero». Pero no vino el fotógrafo y nos hicieron pagar la cuenta. Un poco decepcionada, dijo: «Esta es gente correcta».

El chófer nos llevó a casa del productor. Era un *playboy* que había sido fotógrafo exclusivo y amante de tres princesas y de una estrella de cine americana. Se había casado con la secretaria de la estrella, joven francesa bastante vulgar. Asistían a

aquella velada muchas mujeres francesas, antiguas prostitutas que se habían casado con hombres de negocios. Cuando llegamos, tocaba ya a su fin. Me impresionó la grosería de la decoración: cristal ahumado, espejos con pátina y *gadgets* dorados colocados sobre el plexiglás. Ella se encontró con un antiguo empresario que ahora era abogado de una gran compañía americana y que le dijo con tristeza: «No has cambiado». Ella le dio su guión para que lo leyera. Mientras conversaban, yo me aburrí y las mujeres francesas, que hablaban mi lengua, intentaron distraerme. Me preguntaron: «¿Qué hace usted?». Respondí: «¿No lo ven? Soy su esclavo». Expresé mi deseo de salir, ella me disculpó. Cuando nos marchamos, en el umbral, el dueño de la casa me dijo: «No la toque, es uno de nuestros monumentos más preciosos».

Una noche me despertó el timbre del teléfono interior, era ella quien me llamaba. Había bajado al sótano, donde se ausentaba con frecuencia por las tardes para dedicarse a esa tarea misteriosa, y me dijo: «Ya está, acabo de terminarlo. Es una sorpresa… pero no podré guardar silencio hasta mañana… adivina…». Yo no podía imaginar nada. Mi cabeza se encontraba vacía ante aquella voz lejana y tan cercana a la vez (poner un nombre a esa voz, su nombre, era ya para mí completamente irreal y fantástico). Ella me dijo: «He hecho tu retrato, una sanguina, de tamaño natural, pero te lo enseñaré mañana…». Colgó. Fui al cuarto de baño a orinar. Encendí el acuario para cerciorarme de que el pez rojo seguía en su lugar.

El día siguiente era Noche Vieja. Como los proyeccionistas no volverían hasta el día siguiente, había que encontrar algo que hacer para nuestra velada. Me dijo: «En último caso, podemos ir a una velada, estamos invitados en casa del príncipe V.,

pero, como la gente de anoche te pareció tan repugnante, tal vez no te gusten estos y estaremos atrapados, hoy he dado permiso al chófer para la cena de Noche Vieja y el príncipe vive en el extrarradio. Te propongo lo siguiente: vamos a ir esta tarde a su casa con el pretexto de hacerles una visita y, si te gustan, y sólo en ese caso, volveremos allí por la noche». Comimos deprisa y después nos marchamos. Hacía un sol radiante y la periferia industrial de R. desfilaba, ensordecida, amortecida, como una larga cinta, tras los cristales del Mercedes. El coche se deslizaba despacio, con el chófer delante, apenas oíamos el ruido del motor, ella me tomó la mano y se inclinó hacia mí para hablarme en voz baja. Escuché, presa como de un letargo. Por miedo a sentirse deprimida, acababa de tomar anfetaminas, su precipitada habla chocaba con la calma del paisaje:

«… Cuando llegué a Hollywood, él me ocultó en una de sus casas, nadie podía visitarme, tenía mi peluquera, mi encargada de vestuario, mi secretaria, no tenía nada que hacer, esperaba, había un solario y pasaba todo el día bronceándome; estando un día en la terraza, una corriente de aire cerró de un portazo la puerta, estaba sola en la casa, llamé al jardinero, nadie vino, no había ningún punto de sombra, al final me quedé adormilada al sol; cuando me desperté, era casi de noche, pero estaba toda roja, se me caía la piel a tiras, alguien vino a abrirme, recogí toda mi piel y la metí en un sobre, se lo envié a mi hijo, todos los días le enviaba algo, tenía cinco años… Era un hombre muy extraño, nadie lo había visto nunca desnudo, le daba vergüenza su piel, no se le podía tocar, tenía la piel muy seca, como la de un viejo, me acosté con él y estuve a punto de ponerle la mano sobre el hombro, me

dijo: “Te lo suplico, no me toques”; en cuanto tenía una relación con una mujer, la hacía lavarse antes y él iba inmediatamente después a lavarse, tenía una verga muy larga, muy fina; cuando estaba en el cuarto de baño, aproveché para ir a examinar su chaqueta, siempre llevaba la misma, la había dejado sobre una silla, la volví y vi el raído forro que se deshilachaba, era multimillonario, pero siempre llevaba el mismo traje…».

Eran historias que me había contado ya varias veces. Yo ya no podía oírlas más. Ya ni siquiera podía oír el sonido de su voz. Me parecía que cada una de sus palabras tenía una materialidad física, además de sonora: táctil, como ondas, olas de hediondez que venían a azotarme el rostro. Primero aparté la cara y miré fija y obstinadamente el paisaje, intenté no oír en absoluto la voz. Pero ella seguía hablando y me apretó la mano con mayor fuerza. La evidencia del asesinato se me apareció de nuevo, pero esa vez se me imponían unas imágenes de una precisión espantosa: si pasaba la Noche Vieja a solas con ella, estaba seguro de que la mataría. Los gestos del crimen se superponían a la triste cinta del paisaje.

Estábamos los dos en el sótano de la casa, cerca del refrigerador, cuyo motor era el zumbido del coche, bebíamos champán, ella acababa de enseñarme mi retrato y resultaba evidente que era mi retrato funerario; si no quería morir, yo tenía que matarla a ella. Quiso besarme, la rechacé y tan violentamente, que cayó hacia atrás y fue a golpearse la cabeza con la parte trasera del acuario. El pez rojo seguía en su lugar y en su inmovilidad yo vi una orden de muerte: monté sobre ella, desplomada, y le apreté la garganta, se

rompió el collar de perlas, mis manos no tardaron en juntarse en torno a su cuello deshecho, un chorro de sangre que le salió por la boca me escupió en el rostro, seguí zarandeándole la cabeza, después la solté y ella se desplomó como una gran muñeca estúpida. Le arranqué la peluca para verle por fin la cabeza: descubrí las vendas blancas, la gasa que ceñía el cráneo y dejaba ver algunos cabellos esparcidos y pegados. Por último, y pese a las morenas que serpenteaban, aviesas, fui a lavarme las manos en el torbellino del acuario. El hilillo de agua que hacía gluglú dispersó una nube de sangre que expulsó por fin al pez rojo de su lugar. Yo había tenido la precaución de remangarme el brazo.

De repente le dije: «Calla, no puedo escucharte más. Ya no puedo soportar tu voz. Te lo ruego, calla, que se me ocurren ideas innobles. Si nos quedamos solos esta noche, te mataré, estoy seguro de ello. No debemos quedarnos solos». Ella soltó una carcajada: esa idea le encantaba, ser asesinada por mis manos le fascinaba. Le conté detalladamente mi guión, ella se sometió a él, pero yo le supliqué que lo evitara.

Al frenar el Mercedes, en el patio del castillito, las aves de corral salieron huyendo como locas. En el crepúsculo era un paraje de una gran tristeza: la antigua piscina, enrejada y cercada por murallas, servía ahora de corral, un estanque vacío estaba cubierto de cuerdas de tender la ropa, en las que había sábanas puestas a secar. El príncipe V. nos recibió con los brazos abiertos: era un noble medio arruinado que conservaba su castillo a saber mediante qué artificio; como viajaba con frecuencia, ella sospechaba que era espía de China o de Rusia. Se había casado con una joven euroasiática, que había sido maniquí, cuarenta

años más joven que él, le había dado una hija, un monstruito ruidoso y con trenzas, un bólido que se lanzaba por las frías salas del castillo devastando todo lo que encontraba a su paso, pero quedaban pocas cosas que no hubieran sido robadas o vendidas. Hacía mucho tiempo que no encendían la calefacción, se movían por el interior con el cuello del abrigo alzado. Sobre largas mesas bajas había botellas de alcohol del mundo entero, otro medio de entrar en calor. Pero lo que por encima de todo constituía el orgullo del príncipe era su cocina: enorme y equipada a la antigua, provista de las primeras máquinas eléctricas, que zumbaban, arcaicas, como robots, la heladera, los grandes hornos, los había comprado en *stocks* de palacios desahuciados. En pilas de agua se movían lentamente grandes anguilas negras, la niña las molestaba con la punta de los dedos. Se las mandaban directamente de Groenlandia, por avión: según decía, resultaba más barato que comprarlas en el mercado local. Un cocinero chino, con el pelo lacado y trenzado y una gorrita plana en lo alto del cráneo, perforada para dejar salir la trenza, picaba meticulosamente trozos de jengibre y hojas de arroz para un pastel. El príncipe decía en francés, señalando a su cocinero chino: «Es mi último lujo». Nos dio a beber un aguardiente de membrillo. La velada que estaban preparando era de blanco, ella iba a tener que ir a cambiarse. Pero la joven euroasiática tuvo la desafortunada ocurrencia de decirle: «Mis invitados se alegrarían mucho de ver a una celebridad». En el coche, de regreso, dijo: «Estoy harta de estar en una vitrina, lo he estado toda mi vida». Decidió no ir a esa velada. Nos quedaríamos solos.

Cuando el coche volvió a atravesar el portal,

nos cruzamos, tras los cristales, con el ama de llaves y toda su familia que volvían a su casa: así, pues, ella había convenido con su criada en que pasara la Noche Vieja en familia y que ella guardaría la casa conmigo. Con el pretexto de mi irritabilidad, había fingido al preguntarme mi opinión. Yo iba a pasar esa noche a solas con ella, totalmente a solas, y la idea del asesinato volvía, con la obsesiva regularidad de un ojo que parpadea.

Quisimos dar un paseo por el jardín, caía la tarde. Ella se había cambiado ya para mí, se había puesto un ceñido traje de noche de muselina, transparente y con incrustaciones de plata, cortado por ella misma, diez años antes, para una gala benéfica en Las Vegas, apenas había engordado. Abrí la puerta del jardín, ella pasó la primera, al instante dos de los tres perros se lanzaron sobre mí. Ella gritó, pero no se detuvieron, como si el hijo del ama de llaves los teledirigiera, desde su montaña, para que realizasen sus proyectos asesinos. Tuve apenas tiempo de volver a cerrar la puerta, los perros ladraban tras el vidrio mostrando los colmillos, el rosa asalmonado de sus morros, ahora podía provocarlos sin miedo. A ella no la tocaron, pero no consiguió hacerlos volver a su recinto. El tercer perro estaba atado dentro de la casa, en un pasillo de la planta baja, por si necesitábamos que nos defendiera.

Volvimos a encontrarnos a solas en la casa, sin poder siquiera salir. Si la mataba, tendría que vencer a los perros. Sólo eran las ocho, había que pasar el tiempo hasta la medianoche. Un plato de lentejas, tradicionalmente preparado todos los años por Noche Vieja para que trajera suerte con el dinero durante el nuevo año, estaba enfriándose en su olla; ella abrió una primera botella de

champán. Quiso besarme y replicó lanzando una risa casi aviesa: «sin penetración», los ojos se le humedecieron, la risa ocultaba su tristeza. Estuvimos mirando la televisión hasta hartarnos, los futbolistas se mezclaban con las locutoras, después se le ocurrió la idea de ir a buscar sus fotos. Su hermana las había guardado en cajas, en el desván, bajo los armazones de la casa. Subimos al último piso y allí, en el cuarto de baño, tomó un enchufe sin hilo que aplicó a un tabique, un espejo giró sobre su eje, desembocamos bajo el tejado, allí donde había apiladas miles de fotos. Las cogíamos en paquetes para llevarlas al saloncito, donde las miramos una por una, pasándonoslas de una rodilla a otra. Ella dijo: «No recuerdo nada, es como si nada hubiera ocurrido».

Habíamos dejado pasar la hora: los fuegos artificiales de las ciudades vecinas nos devolvieron a la realidad, las sirenas de alarma se disparaban solas, los perros ladraban cada vez más. Nos precipitamos hasta la cocina, pusimos a calentar el plato de lentejas y abrimos una nueva botella de champán. Nos besamos como dos amigos. Las fotos nos habían reconciliado, se había esfumado la idea del asesinato. Ella se sentó junto al teléfono, pero nadie la llamaba. La espera la ponía cada vez más nerviosa. Ya había pasado una hora. Por fin, sonó el teléfono. Vaciló antes de descolgar. Dijo, inquieta: «Debe de ser mi hijo…». Pero su hijo estaba esnifando cocaína en alguna parte de la ciudad. Era una voz masculina, un nombre desconocido, una voz que llegaba de muy lejos, que atravesaba continentes, profundidades submarinas, ciclones, huracanes, todo eso para decirle, con cierta inexactitud en el cálculo del desfase horario, pero temblando de emoción: «Señora, es usted la estrella más grande». No era

una broma. Tal vez fuese la única persona en el mundo que se había acordado de ella en aquel instante y había pensado que tal vez estuviera sola. Pero también aquel año había logrado no estarlo del todo. No respondió, colgó el auricular.

Más tarde, por la noche, dijo:

«Piensas que mi boca huele a polvo, a carne, a mucosa, o, si no, que huele a vino, a vagina, a muerte. Dices que mi boca te da asco, que apesta, que apesta a muerte. Esta casa es como una oficina bancaria. No duermo. Estoy sola y los perros dan vueltas a nuestro alrededor. No te vayas. El champán está caliente, mala suerte. Chin, chin. Feliz Año Nuevo. Quédate un poco más conmigo. ¿Quieres?».

El día siguiente, Año Nuevo, comprobé que el pez rojo seguía en su lugar en el acuario y quise marcharme precipitadamente. Hice la maleta. Dije: «Me marcho», y ella no hizo nada para retenerme. Quiso regalarme uno de sus jarrones etruscos, pero lo rechacé. Me acompañó con el chófer a la estación. Durante el trayecto volvió a pedirme que le contara lo que había ocurrido en Viena, con aquellos dos muchachos, yo nunca había querido contárselo exactamente. Volvía a la carga: yo había contado demasiado y no suficiente, quería detalles. Dije: «Pero ¡si era una relación espiritual!». Ella dijo: «Yo tengo confianza en ti, me he mostrado desnuda ante ti. Te he enseñado esas fotos que nadie había visto». Insistió. Al final, tomé un lápiz y una hoja de papel y me puse a dibujarle las posturas eróticas que habíamos practicado. El chófer espiaba el intercambio por el retrovisor, vio que ella plegaba el papel en cuatro y se lo deslizaba, como en los cuentos antiguos, dentro de la blusa.

Cuando volvió a su casa, la habitación estaba

vacía. Sabía que yo no volvería. En su habitación, volvió a desplegar el papel y examinar las posturas, sus dedos separaron los labios de su vientre. Por último, preparó un nuevo sobre, pues había rasgado el que contenía sus fotos: dibujó en él una calavera, metió dentro cincuenta dólares y una nota en la que suplicaba al ama de llaves que, si ella moría, hiciera trizas el sobre. En otro sobre, volvió a colocar sus fotos, envolviéndolas en ese papel que contenía las posturas eróticas de los tres muchachos. A solas, se echó a reír.

Volví a verla en Nueva York dos meses después. Tomé un billete de avión por un capricho, nunca había ido a Nueva York. Me asfixiaba en París, Nueva York era una última carta, una carta vital. También para ella Nueva York era una última carta: la casa que tenía en R. devoraba varios millones al mes y, como hacía diez años que ya no trabajaba, vivía de revender, a medida que lo necesitaba, las acciones que tenía en Suiza y la suma se estaba agotando: pronto iba a verse obligada a vender sus muebles, sus alfombras, sus joyas. Era demasiado orgullosa para vender: sabía que esas ventas no se mantendrían en el anonimato, aunque los receptores fueran ladrones o estafadores y a menor precio. Se le había ocurrido la idea de lanzar una colección de toallas de baño, colchas, fundas de almohadas o vasos para enjuagar los dientes con algunos de sus torpes dibujos. Había ido a Nueva York para vender su nombre, su rúbrica, cosa a la que hasta entonces siempre se había negado, cuando le habían propuesto millones de dólares. Pero ahora su nombre se había depreciado y se enredaba en cuestiones de porcentajes, apoderados y abogados,

y le hacían firmar documentos que en el último momento substituían por otros contratos que la perjudicaban.

El día siguiente al de mi llegada, fuimos a ver una obra de teatro en Broadway: era tan aburrida, que se durmió sobre mi hombro y yo, para luchar contra mi propio aburrimiento, me puse a escribir la crítica de la obra en un trocito de papel. Quisimos salir los primeros, antes de los aplausos, pero nos encontramos bajo la marquesina del teatro, detenidos por un diluvio infranqueable. Llamé a un taxi, pero siguió su camino, era la hora de la salida de los teatros. Salió el público, a su vez, y se agrupó entre nosotros bajo la marquesina. La lluvia formaba una muralla verdaderamente intransitable. Ella iba vestida con su visón de color verde manzana, se había puesto las gafas negras y el azar hizo que se encontrara situada junto a un enano asiático, al que tomaron por su galán. La gente que la reconocía la miraba con insistencia y sorpresa: ¿cómo podía encontrarse una mujer como ella en la misma situación que ellos, rebajada a aquella espera miserable? Un hombre se plantó ante sus narices, hizo estallar contra su ardiente rostro el flash de una instamátic y dio media vuelta sin hablarle siquiera. Yo adivinaba sus lágrimas detrás de sus gafas. Me dijo: «¡Qué tonta he sido por dejarme ese número de teléfono en casa! Habría llamado a mi amigo y nos habría enviado una limusina». Pero yo sabía que no había ni amigo ni limusina. Me arriesgué bajo la lluvia a ir a buscar un taxi y volví con las manos vacías. La desesperación había caído sobre nosotros como un jarro de agua fría.

Por último, le propuse que camináramos bajo la lluvia. Hacía media hora que ella estaba inmovilizada entre aquella gente que la miraba

como a un mono, no había otra solución. Desplegó el programa por encima de su peluca y se lanzó bajo el agua. Caminamos un rato antes de detenernos bajo la marquesina de un cine cuyo rótulo luminoso acababa de apagarse. La gente corría por todos lados gritando, los taxis tocaban el claxon sin detenerse. Bajo la misma marquesina había dos polis, apartados y con sus *walkie-talkies*. Uno de ellos, el más joven, la miraba ruborizado y, tras vacilar, se acercó y se dirigió a ella como un auténtico caballero: «Perdone, señora, lamento molestarla, pero ¿no es usted la señora X.?». En aquel momento, la desesperación pareció abandonarla, se reavivaba, aquellas palabras de reconocimiento la devolvían a la vida, como una suicida a la que reanimaran con soplos de oxígeno. Le dijo: «Veo, señora, que usted y su amigo parecen incomodados por la lluvia. ¿Quiere que llamemos a un coche?». Se volvió para hablar en el *walkie-talkie*, como si no quisiera molestarla más con una manipulación trivial; medio minuto después, un enorme coche de policía frenaba a nuestra altura y nos abría sus portezuelas. Los polis pusieron la sirena, dijeron: «Nos sentimos muy honrados de transportar a la señora X.», ni siquiera pidieron fotos ni autógrafos. El coche se detuvo ante la puerta del restaurante en el que había reservado mesa para dos.

Acababa de ocurrir un instante maravilloso: estar en Nueva York, por la noche, en un coche de policía, con aquella mujer casi divina a mi lado, yo me sentía embriagado por el sonido de la sirena y la velocidad del coche, la proximidad de los polis, su silencio respetuoso; como si su veneración recayera sobre mí y sólo yo tuviese los medios para concedérsela, le tomé la mano y se la besé.

En el momento de pagar la cuenta, reparamos en dos nuevos polis que preguntaban al *maître* en la entrada del restaurante si querrían la señora X. y su amigo hacerles el honor de que los acompañaran al lugar que eligieran. Ella aceptó de buen grado. Pero esa vez los polis pidieron fotos con su dedicatoria, que no llevaba consigo, por lo que debía subir a su apartamento. Temiendo que la tomaran por una mujer culpable a la que venían a registrar y detener, explicó al portero del edificio: «Estos señores han tenido la gentileza de acompañarnos y, a cambio, voy a regalarles una foto con mi dedicatoria». Estaba reviviendo. Los dos polis entraron con timidez en el apartamento, estaban contentos de ver hasta qué punto se parecía a lo que esperaban, con sus espejos ahumados y todo su mal gusto lujoso. Habían guardado sus *walkie-talkies*, cuyos hilos les colgaban de los oídos, pues no debían dar la impresión de haber abandonado su servicio. Los fotografié a los dos, a ambos lados de ella, mucho más baja, delante de su cama…

Epilogo

Hubo una interrupción, de varios meses, de varios años. En Nueva York nos habíamos enfadado. Luego una noche, años después, me llamó una vez más y su voz me pareció una emanación del más allá. Yo seguía sin mudarme. Y no me había suicidado. Lloraba, sentado en mi cama. En mi continente, eran las tres de la mañana. Ella me dijo: «¿Duermes?», yo dije: «No, estoy llorando». Ella no compartía mi tristeza, dijo: «No llores: a rey muerto, rey puesto el día siguiente». Me llamaba porque acababa de

encontrar el papel en que le había escrito yo (el único que le escribí), copiando de mi diario: «Me ha dicho que anoche se masturbó pensando en mí y hasta hacerse sangre. Yo le he tomado la mano para que me tocase el torso, para que evaluara ese vacío que ahonda mis costillas y me ha dicho: tú tienes corazón…». Había rasgado ese papel, por miedo de que su hijo lo encontrara después de su muerte. Me dijo: «En esta imposibilidad de amor habrá habido, pese a todo, un poco de amor…».